



Universidad de Chile

Facultad de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

# **MAYO 1960: RELATOS DEL CATACLISMO MÁS GRANDE DE LA HISTORIA**

**CAROLINA AURORA GARCÉS ÁGUILA**

**BENJAMÍN ENRIQUE PERALTA LEPE**

**MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA**

**Reportaje escrito**

**PROFESOR/A GUÍA: CAROLINA PAMELA MUÑOZ CASTILLO**

**SANTIAGO DE CHILE**

**AGOSTO 2022**

## **DEDICATORIA**

*A nuestras madres, Juana y Marcela.*

## AGRADECIMIENTOS

A nuestros amigos Yerko Riquelme y Jaz Fernández por recibirnos en su casa en Concepción, por acompañarnos y apoyarnos cuando realizamos el primer viaje de esta memoria.

A Pedro Ávila, que nos invitó a su casa en nuestro viaje a Dichato. Nos contaron que él era uno de “los antiguos de la zona”. Su relato fue incluido en esta memoria en gratitud a su genuina intención de ayudarnos con su testimonio, pero también por compartirnos sus sentimientos y confiarnos el profundo dolor que le embargaba tras la muerte de su esposa.

A todas las personas que se contactaron con nosotros. A quienes nos respondieron las llamadas. A quienes nos dieron la confianza para entrar en sus casas, sentarnos en su mesa y compartirnos sus recuerdos.

A Carolina Muñoz Castillo, nuestra profesora guía, por su infinita paciencia y dedicación en nuestro trabajo. Por escucharnos y acompañarnos en los momentos difíciles.

A nuestras familias, por su esfuerzo, por darnos la mejor educación que pudieron, por enseñarnos valores y por el infinito amor que nos entregan.

A nuestros amigos y amigas, que entre bromas nos alentaron a terminar esta memoria.

A todas las personas que de alguna u otra forma nos guiaron, ayudaron y acompañaron.

Y finalmente, pero no menos importante, a nosotros mismos, porque juntos hemos recorrido este camino que no ha estado exento de terremotos y réplicas.

## ÍNDICE

DEDICATORIA	2
AGRADECIMIENTOS	3
INTRODUCCIÓN	6
<b>PARTE I: 21 de Mayo</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo 1: Terremoto en la Región del Bío Bío</b>	<b>9</b>
El casamiento: Testimonio de Flor Palma	11
El abuelito zapatero: Testimonio de Teresita Luengo	13
La calle ondulada: Testimonio de Luis Garrido	15
<b>PARTE II: 22 de mayo</b>	<b>18</b>
<b>Capítulo 2: El gran terremoto</b>	<b>18</b>
La máquina de coser: Testimonio de Horacio Saldívar	20
La Copa de Agua: Testimonio de Adela del Carmen Guerrero	22
El tarro de leche: Testimonio de Eugenia Leal Alarcón	24
En familia: Testimonio de Mickey Alarcón	26
¿Este sí que fue terremoto?: Testimonio de Rodolfo Amthauer Matthei	28
Los pololos: Testimonio de Juvenal Guital y Valeria Prieto	30
En la línea del tren: Testimonio de Luis Arroyo	33
Agüita de hierbas: Testimonio de Carmen Paillante	35
<b>Capítulo 3: Maremoto</b>	<b>37</b>
El viaje: Testimonio de Rosa Campos	38
Los cangrejos: Testimonio de Néstor Oyarzún	41
El pescador de Dichato: Testimonio de Pedro Ávila	43
<b>PARTE III: LOS DÍAS SIGUIENTES</b>	<b>45</b>
<b>Capítulo 4: Reconstrucción y resiliencia</b>	<b>45</b>
El Hospital Regional de Valdivia: Testimonio de Marta Sánchez	46
La pampa: Testimonio de Griscilda Montes y Pedro Uribe	48

Con su hijo en brazos: Testimonio de Manuela Castillo	50
La catedral de Ancud: Testimonio de José Cárdenas Soto	52
<b>Capítulo 5: El Riñihuazo</b>	<b>55</b>
El aviso: Testimonio de Ernesto Vergara	56
La inundación: Testimonio de Gissela López	58
<b>PARTE IV: SEIS DÉCADAS DESPUÉS</b>	<b>60</b>
BIBLIOGRAFÍA	67

## INTRODUCCIÓN

“Concepción epicentro del terremoto. Número de muertos es superior a 130. Daños materiales son aún imprecisables. Tembló durante diez horas en la zona<sup>1</sup>”. El Correo de Valdivia, 22 de mayo de 1960.

“Todo Chile se une ante la catástrofe nacional. Solidaridad continental. Terremoto y maremoto afectaron Extremo Sur. Colecta en favor de las víctimas. Tropas evacuaron la población en Coronel. Trabajadores del cobre suspenden el paro<sup>2</sup>”. La Nación, 23 de mayo de 1960.

“Terremotos y Salidas de Mar Causaron Nuevo Desastre en Provincias del Sur: 300 Muertos; S. E. Viajará Hoy a las Zonas Devastadas<sup>3</sup>”. La Unión, 23 de mayo de 1960.

“Un país sísmico” se ha convertido en el apellido de esta franja de tierra que habitamos y que llamamos Chile. Su geografía, tan diversa, alberga las cicatrices de los eventos geológicos que, tras extensos períodos de años, han moldeado el campo de flores, la blanca montaña y nuestra relación con el mar.

Chile ha sido protagonista de tres de los diez terremotos más grandes registrados instrumentalmente: en el noveno lugar se ubica el terremoto de magnitud 8.8 del 27 de febrero de 2010, cuyo epicentro se localizó frente a las costas de Cobquecura, región de Ñuble (en ese entonces, región del Biobío).

En la sexta posición se encuentra el terremoto de magnitud 9.0, registrado el 13 de agosto de 1868, con epicentro frente a las costas de Arica (que en esos años era parte de Perú).

En el primer lugar de la lista, superando a grandes eventos sísmicos que hemos vivido en este siglo, como el de Japón en 2011 (magnitud 9.1) e Indonesia en 2004 (magnitud 9.3), se encuentra el terremoto del domingo 22 de mayo de 1960, que tuvo una magnitud de 9.5.

Este gran sismo, que sigue siendo tema de discusión entre investigadoras e investigadores, no solo por su magnitud, sino también por sus efectos y los cerca de 1.000 kilómetros que

---

<sup>1</sup> Valdivia. Edición N 23.511. Portada, p. 1

<sup>2</sup> Santiago. Portada, p.1

<sup>3</sup> Valparaíso. Edición N 27.300. Portada, p. 1

abarcó la zona de ruptura, fue percibido en más de 100 localidades de la zona centro sur del país.

Además, tuvo tres sismos precursores entre el 21 y 22 de mayo, cuyas magnitudes superiores a 7,0 grados hicieron impensable que la tarde del domingo se registraría un cataclismo.

Ese día, las placas Sudamericana y Nazca ocasionaron una falla inversa, elevándose la primera por sobre la segunda debido a la fuerza de compresión entre ambas. La energía liberada en dicho terremoto es equivalente a 213 mil 600 bombas de Hiroshima.

La magnitud fue tal que alteró el eje de rotación de la Tierra, acelerando la rotación y disminuyendo así la duración del día en quince microsegundos.

Por esos años, la investigación sobre estos eventos no contaba con las herramientas y tecnologías como en la actualidad. Hoy entendemos que los eventos sísmicos son parte de la experiencia de vivir en Chile. A diario, el Centro Sismológico Nacional de la Universidad de Chile reporta los temblores que se registran en diferentes partes del país, la mayoría imperceptibles para un grupo humano ya acostumbrado a estos movimientos.

El impacto de los eventos sísmicos de mayo de 1960 promovió la investigación y la creación de organismos encargados de la prevención y acción en caso de desastres. El Plan Nacional de Emergencias creado para enfrentar las consecuencias del terremoto y maremoto se mantuvo por varios años y en 1974 se convirtió en la Oficina Nacional de Emergencias del Ministerio del Interior (ONEMI).

Si bien nos nutrimos de las cifras y datos hasta ahora conocidos sobre este evento telúrico como base para comprender la magnitud de lo vivido hace más de sesenta años, este escrito no pretende poner en discusión la verdad científica, las indagaciones y el estudio de especialistas que, por cierto, valoramos y admiramos.

Cuando nos propusimos iniciar esta investigación, nuestro fin último era reencarnar las experiencias, sensaciones e incluso los miedos que las personas vivieron durante los terremotos. Quisimos empaparnos de esas historias que ahora son recuerdos, algunos más claros y precisos, otros más lejanos, pero para todos y todas, un hecho histórico.

Los testimonios que aquí se incluyen corresponden a personas que vivieron y sobrevivieron a este evento en la zona mayormente afectada, entre las provincias de Concepción y Chiloé

(hoy regiones del Bío Bío y Los Lagos). Mujeres y hombres de diferentes edades, ocupaciones y clases sociales, que tienen algo en común: son parte de la memoria viva de nuestro país.

Este escrito es una invitación a conocer los eventos naturales y los desastres sociales de mayo de 1960 desde la mirada de quienes por ese entonces eran niñas, niños y adolescentes, y que hoy son adultas y adultos mayores.

Es una invitación a reconocer y relevar la importancia de las personas mayores en nuestra sociedad, cuyas conversaciones son una fuente infinita de aprendizaje y un viaje por diferentes emociones y que, sin embargo, muchas veces carecen de compañía e incluso, de cariño.

Estas son historias de las y los protagonistas de los terremotos de 1960.



## **PARTE I: 21 de Mayo**

### **Capítulo 1: Terremoto en la Región del Bío Bío**

El sábado 21 de mayo de 1960, a las 06:02 horas, un fuerte sismo despertó de manera abrupta a las y los habitantes de la región del Bío Bío, en ese entonces, provincia de Concepción.

El movimiento de alrededor de 35 segundos tuvo su epicentro en Cañete (por esos años, perteneciente a la provincia de Arauco), con una profundidad de 21 kilómetros y una magnitud de 8.1.

Esa jornada, como todos los años, se celebraría una nueva conmemoración del Día de las Glorias Navales, una instancia que contempla desfiles cívico-militares y actos públicos en diferentes puntos del país, en honor al Combate Naval de Iquique.

No obstante, debido a la actividad sísmica y la intensidad de la misma, en algunas ciudades esta celebración fue suspendida, incluyendo también el discurso del entonces presidente de la República, Jorge Alessandri Rodríguez.

Este sismo pondría a la provincia de Concepción en el centro de la atención y preocupación del país, no solo por los efectos mismos del evento, sino porque rápidamente trajo al recuerdo el devastador terremoto de 1939 en Chillán que, con más de 24 mil personas fallecidas, es la mayor tragedia que ha enfrentado el país.

El 21 de mayo, el movimiento en sí fue percibido por las personas como una seguidilla de violentas sacudidas, que además del susto, provocó la destrucción de muchas viviendas construidas principalmente de adobe.

En Concepción, la zona más afectada fue la que comprende las calles Maipú, Freire, Los Carrera y Colo Colo, donde las casas más antiguas sucumbieron al sismo.

Edificios icónicos como la Estación de Ferrocarriles y la Universidad de Concepción sufrieron algunos daños estructurales. El Puente Viejo, que une Concepción con San Pedro de la Paz, se destruyó en tres partes.

La caída de techos y construcciones provocó además numerosos incendios. Junto a ello, el suministro de agua y electricidad quedaron inhabilitados.

Luego, en medio del caos, vino la lluvia.

De acuerdo a las cifras oficiales, el 60% de las construcciones de Talcahuano y un tercio de las edificaciones de Concepción sufrieron daños. En esta última, se informaron además 125 fallecimientos.

Días antes, la zona ya era foco de atención de las autoridades y los medios de comunicación por la paralización de actividades que llevaban adelante los mineros de Lota, comuna costera de la provincia de Concepción.

Durante los siglos XIX y XX, Lota tuvo un importante auge económico debido a la extracción de carbón. No obstante, en 1960, cansados de las malas condiciones laborales, los trabajadores paralizaron como una medida para presionar al gobierno y a los dueños de la compañía carbonífera Lota Schwager.

El 21 de mayo de 1960, los mineros de Lota sumaban 66 días en un movimiento sindical conocido como “La Huelga Larga”. Nueve días antes, el 12 de mayo, las familias mineras se reunieron en una gran marcha donde recorrieron los 40 km que separan a Lota de Concepción.

Las fuentes oficiales de la época cifraron la convocatoria en 18 mil personas, pero la tradición oral habla de cerca de 40 mil que se concentraron en la Plaza de los Tribunales de la ciudad penquista.

Se trató de una manifestación familiar. Las mujeres se organizaron en distintas comisiones. Unas recolectaban alimentos y los preparaban, otras se preocupaban del aseo. También existía un grupo dedicado a la difusión del movimiento.

Las consecuencias del terremoto, como la falta de alimento y techo, hicieron insostenible la continuidad de esta huelga. Quizá la labor más dura y dolorosa fue la realizada por las mujeres encargadas de conseguir familias de acogida que pudieran cuidar de niños y niñas que tuvieron que alejarse de sus seres queridos y salir de la zona.

En distintos grupos, los niños y niñas emprendieron rumbo a localidades cercanas como Talcahuano, Tomé, Penco y Concepción; otros grupos llegaron a Santiago y Valparaíso.

El 20 de junio de 1960, tras 96 días de huelga, las familias mineras llegaron a un acuerdo con el gobierno, dando fin a la medida tras un reajuste del 17%. Los niños y niñas comenzaron a volver a Lota en tren durante los primeros días de julio de ese año.

En términos generales, así fue el terremoto del 21 de mayo de 1960, el primero de los eventos que marcaron ese año. Pero en la práctica, en lo vivencial, cada persona experimentó este hito de manera distinta, de acuerdo a su realidad, a sus posibilidades y a la planificación que tenían para ese fin de semana festivo.

Para unas personas la destrucción y la muerte eran sus principales preocupaciones, para otras, el sismo fue una nueva experiencia cautivante. Sin embargo, en retrospectiva, para todos y todas ese día es parte importante de su vida y sus memorias.

### **El casamiento: testimonio de Flor Palma**

Todavía no amanecía cuando un fuerte ruido despertó a Flor Palma. Sintió su cuerpo estremecerse y aunque pensó que eran sus nervios, pronto entendió que se trataba de algo más.

Miles de pensamientos inundaron su mente y sintió miedo, terror y angustia. Pero no era el movimiento incesante lo que la inquietaba: esa tarde se casaría en la Iglesia.

Tenía 19 años, y tres días antes había celebrado su matrimonio civil con Samuel Márquez. Esa mañana y mientras veía como su casa se sacudía, sintió que todos sus planes poco a poco comenzaban a derrumbarse.

Rápidamente se levantó, se vistió y junto a su familia salió de la casa como pudo. Desde la calle el panorama era desolador. Flor recuerda los gritos desesperados de sus vecinos y vecinas que, arrodilladas, clamaban al cielo pidiendo perdón. Fueron segundos de un intenso movimiento que produjo daños en las calles y casas, levantando consigo una nube de polvo.

El temor de Flor era que esos segundos bastaran para cancelar sus planes: su boda con Samuel.

Flor era la mayor de cinco hermanos y además de ellos, también vivía con sus padres en una modesta casa ubicada en calle Bandera, en Concepción. Al interior, pedacitos de loza estaban esparcidos en el suelo. La comida y bebestibles para la celebración también estaban ahí, desechos, revueltos y perdidos.

En su mente resonó la frase que una mujer mayor le dijo unos días antes y a la cual no había prestado atención sino hasta ese momento.

- “Prepárate con velas porque algo va a pasar”, le advierte.

Se trataba de una compañera de trabajo en la fábrica de tejidos donde laboraba, ubicada en calle Freire con Aníbal Pinto. Pensó en comprar velas, por si acaso, pero finalmente no lo hizo.

Tras el sismo, entre la angustia y los nervios, su padre y Samuel fueron a la Iglesia Sagrada Familia, distante a solo unas cuadras, en calle Tucapel, a conversar con el cura y definir el futuro de la ceremonia.

La respuesta del religioso fue positiva y esto devolvió el aliento a la joven, quien rápidamente reanudó los planes para el casamiento. Su vestido de novia estaba en la esquina de su casa, en Colo Colo con Bandera. Allí había una gran grieta que llamó la atención de Flor, que aún no dimensionaba las consecuencias del sismo.

No fue hasta cuando llegó a la Iglesia del brazo de su padre, y acompañada de unas diez personas, cuando el golpe de realidad se presentó frente a sus ojos. Mientras Flor caminaba al altar, unas personas estaban siendo veladas en el suelo.

La imagen era una fiel muestra de cómo es la vida y lo cruda que puede ser. Mientras unas personas inician nuevas etapas, otras son despedidas. El sismo de esa mañana no interrumpió la ceremonia de Flor y Samuel, pero sí los anhelos, los planes, las vidas de otras personas. En esa iglesia confluyeron ambas caras del terremoto.

El matrimonio se celebró a las 7 y media de la tarde del sábado 21 de mayo. Seis urnas negras de madera acompañaron a Flor, Samuel y su familia mientras daban el sí en la iglesia.

Dadas las circunstancias, la misa fue más corta de lo habitual. Pero para Flor era el inicio de su nueva vida, de su independencia, lejos de sus estrictos padres y en compañía del amor de su juventud.

Con los anillos en su lugar y tras el beso de los recién casados, era la hora de celebrar. Pese a que gran parte de los alimentos dispuestos para la fiesta se perdieron con el fuerte remezón, la familia se las arregló para recibir a los invitados con un estofado.

A falta de luz, el padre de Flor contrató a un hombre que guitarra en mano entonó unas rancheras que más de alguno cantó, pero que nadie bailó.

Cortar la torta de los novios es uno de los momentos más esperados y recordados en todo matrimonio, para Flor y Samuel este rito no sería distinto. “Yo estaba tan nerviosa que le corté

la cabeza al novio, en la torta”, relata la mujer, que con humor recuerda la anécdota que, de alguna u otra forma, sería un presagio de su vida de casada.

Después del matrimonio y una vez que Flor y Samuel se instalaron en su nuevo hogar, ubicado en calle Lautaro, la mujer se convirtió en una dueña de casa a tiempo completo. Una tarea que asumió casi sin cuestionamientos y que la mantuvo alejada de la realidad que ocurría a metros de su casa.

El machismo oculto tras las mal llamadas costumbres y tradiciones familiares, le impidieron salir, observar e incluso ayudar a sus pares que habían perdido sus hogares, sus recuerdos e incluso a sus seres queridos.

Flor, al igual que otras mujeres en la época, no lo vio. Lo escuchó, se lo contaron, pero no estuvo ahí, no lo presenció.

### **El abuelito zapatero: testimonio de Teresita Luengo**

Talcahuano es una ciudad costera ubicada a 13 kilómetros al noroeste de Concepción. Allí, el movimiento sísmico también despertó a Teresita Luengo y a su abuelo paterno Jesús, quien era zapatero y confeccionaba zuecos de madera en su fábrica “El Kiko”.

El repentino y estruendoso sacudir de la casa los sacó del sueño y antes de darse cuenta, su instinto los hizo salir de la vivienda, mientras los zapatos que estaban colgados en las paredes caían y se azotaban contra el piso.

- “Tirémonos al suelo”, le dijo Jesús a su nieta.

Con profundo miedo Teresita hizo caso al consejo de su abuelo, mientras recordaba las palabras de su madre: que cuando temblaba, la tierra se abría y se tragaba lo que allí hubiera. Durante todo el movimiento suplicó que eso no ocurriera, que la tierra no se los llevara a ella y a su abuelo.

Talcahuano viene del mapudungun *Tralkawenu* y significa cielo tronador. Estando recostada en el suelo, Teresita sentía en su pecho el movimiento de las ondas y al levantar la cabeza vio una luz en el cielo, un resplandor que ella asegura “corresponde a la energía que se libera durante un terremoto”.

Teresita tenía 15 años y vivía con su abuelo en calle Cervantes, a tres cuadras del mar. Vivía ahí porque cerca de la fábrica de zapatos se encontraba la empresa de conservas donde ella trabajaba.

Cuando el movimiento disminuyó, ella y su abuelo se pusieron de pie para observar semejante espectáculo. El movimiento había botado paredes, techos, portones e incluso casas enteras estaban ahora en el suelo.

Jesús y su nieta recién comenzaban a reponerse del susto cuando la madre y el padre de Teresita llegaron a la casa. Ellos vivían en un cerro, pero desde ese momento su padre decidió trasladarse y vivir unos meses en la fábrica “El Kiko”.

Allí, parte de la pared hecha de ladrillos se había caído. Alrededor, muchas de las viviendas sufrieron daños. Las vecinas más creyentes estaban de rodillas suplicando perdón. Muchas personas creyeron que se trataba del fin del mundo.

La primera noche no durmieron, las réplicas no lo permitían. Al mínimo movimiento, todos y todas estaban en pie nuevamente, alertas, inquietos y con mucha ansiedad.

En los días posteriores, el foco era la reconstrucción y vivir sin los servicios básicos como el agua y la luz. Teresita iba a buscar agua de una vertiente. De hecho, toda la comunidad pudo acceder a esta a través de aquella fuente de agua que, generosamente, entregaba esperanza a las personas.

Era en esas andanzas donde circulaban las historias de cómo cada una vivió el movimiento. La historia de una amiga, de la vecina y de la compañera de trabajo que, de alguna forma, ayudaron a atenuar el miedo que las réplicas provocaban en la gente.

Diez días se demoraron en ordenar y arreglar la fábrica de zapatos antes de que esta se encontrara operativa nuevamente.

Entre vecinos, vecinas, amistades y familiares, y con el apoyo de los carabineros, la comunidad de la Bahía de San Vicente, en Talcahuano, pudo sobreponerse a los grandes sismos. Los comerciantes de la zona aportaron con productos para las personas que lo necesitaban, una suerte de retribución a los siempre fieles compradores y compradoras que ahora carecían de recursos.

Teresita recuerda el hecho por la protección que tuvo de parte de su abuelo Jesús, quien a sus 76 años la protegió y le enseñó a enfrentar los embates de la vida y la naturaleza, con fuerza, entusiasmo y resiliencia.

### **La calle ondulada: testimonio de Luis Garrido**

Fue la primera vez que escuchó la palabra “terremoto” y sin saber bien cómo pronunciarla, entendió de inmediato que se trataba del movimiento, esa agitación acompañada de ruido, gritos y desesperación.

Esa mañana, Luis Alberto Garrido despertó en los brazos de su padre, quien a duras penas podía sostenerlo y mantenerse en pie junto al dintel de la puerta, en Lota, ubicada 40 kilómetros al sur de Concepción.

Con cinco años, Luis recuerda que el movimiento era tan fuerte que la calle se deformaba. Vio unas ondas que pasaban por debajo de casas y vehículos.

- “¡Terremoto! ¡Es un terremoto!”, dijo su padre, Luis Garrido, a su esposa María Antonieta González.

- “¡Y está muy fuerte!”, replicó ella.

- “¡Misericordia, misericordia señor!”, gritaban desde otras casas.

Para Luis la imagen más fuerte del movimiento fue ver cómo la ondulación de la calle movió un camión por más de 30 metros. El vehículo, perteneciente a uno de sus tíos, estaba cargado con seis pipas de vino de entre 400 y 500 litros cada una. Y ante los ojos atónitos de él y sus padres, el camión simplemente se dejó llevar como un barco en el agua, sin timón ni capitán, a la deriva con casi tres toneladas de alcohol.

A Luis Alberto le llamó la atención el fuerte ruido. Un sonido estruendoso y ensordecedor que provenía de la tierra y envolvía todo el ambiente.

La noche anterior, él y su padre estuvieron compartiendo en casa de su abuelo, a unas cuatro cuadras de su casa, en la Población San Martín. Cerca de las 22:00 horas, padre e hijo retornaron a su casa caminando. Luis Alberto recuerda que el cielo estaba nublado, con una niebla a una altura más baja de lo normal.

- “Está como extraña la noche”, dijo su padre.

En ese momento, Luis Alberto no le tomó importancia a esas palabras.

Cuando el movimiento cesó, las personas salieron a las calles en busca de sus familiares, vecinas y vecinos, ofreciendo su ayuda o una palabra amiga que aliviara la sensación de miedo y angustia.

Luis Garrido, el padre de Luis Alberto, fue a su trabajo a revisar los daños. Él era encargado de abastecimiento en la fábrica de ladrillos Lota Green. Dicha empresa sufrió pérdidas materiales, pero afortunadamente no hubo muertes que lamentar.

Más tarde, llevó a Luis Alberto y Claudio Benavente, su hermano, a casa de su abuela Ema Álvarez, para verla y saber que estaba bien. En la población San Martín, los efectos del sismo se apreciaban en el estado de las viviendas.

Las réplicas continuaron toda la tarde, y llegada la noche la familia de Luis Alberto dispuso colchones en el piso para facilitar la evacuación en caso de un sismo mayor.

La casa donde vivían estaba dividida en dos sectores. Allí vivían dos familias, en total 12 personas. Luis recuerda que los adultos se preocuparon de que los niños y niñas no sintieran miedo e incluso fingieron que todo se trataba de un juego: acampar al interior de la casa.

Al día siguiente, sería testigo de nuevos terremotos, más fuertes y dañinos que el de ese sábado.

La reconstrucción tomó unas cuantas semanas. La localidad estuvo sin luz por al menos 15 días y el agua la obtenían desde vertientes.

Su familia continuó durmiendo en el piso durante varios días, con velas por toda la casa. Y la loza, aquella que no sufrió daños, fue guardada inmediatamente como un tesoro, herencia de generaciones, regalos de boda o fruto del esfuerzo de manos trabajadoras.

Pero la situación más preocupante en su casa era la condición de salud de Claudio, quien padecía una cardiopatía dilatada. “Sabíamos que mi hermano estaba en una condición sin vuelta, pero él tenía mucha fuerza emocional”, nos cuenta Luis Alberto. Pese a la falta de agua y de luz, nunca dejaron de administrarle los medicamentos a Claudio.



En los días posteriores, las personas en Lota se organizaron en comisiones de ayuda y realizaron ollas comunes para alimentar a quienes más lo necesitaban.

## **PARTE II: 22 de mayo**

### **Capítulo 2: El gran terremoto**

Ese domingo 22 de mayo fue como cualquier día después de una tragedia.

Algunas personas se despertaron con el sismo registrado a las seis y media de la mañana, cuyo epicentro fue en el Parque Nacional Nahuelbuta, provincia de Malleco, y que tuvo una magnitud de 7.1.

En las iglesias y templos religiosos se predicaron palabras de esperanza y consuelo, se rogó por la salud de las y los sobrevivientes y el descanso de aquellas personas que perecieron el día anterior.

Las autoridades, por su parte, se encargaron de reunir los pocos antecedentes y registros que se tenían del evento. Los cortes de caminos y las comunicaciones hicieron que la ayuda no llegara de forma inmediata.

Más tarde, mientras las personas terminaban su almuerzo dominical, un tercer movimiento - segundo en el día - desató el miedo en la población. La pesadilla no había terminado.

A las 14:56 horas un sismo de magnitud 7.8, con epicentro en Purén, provincia de Malleco, sacudió y alertó a las y los habitantes que entre súplicas, gritos y desesperación hicieron cuanto pudieron por ir a un lugar seguro. Lo que no sabían era que este sismo sería la antesala al gran terremoto que se viviría sólo 15 minutos más tarde.

Hasta entonces, era difícil imaginar que estos tres grandes sismos, junto a otros de menor intensidad, eran el preludio de un sismo mayor. La tradición oral habla de réplicas, es decir, temblores que se presentan en una zona donde antes se registró un sismo principal y que son consecuencia de readecuaciones de la corteza terrestre.

Saber que un sismo es preludio de otro es prácticamente imposible, sobre todo para personas que no son especialistas. Esto solo se puede determinar cuando el sismo mayor se produce y se puede establecer la relación entre ambos. No obstante, se asume que tras uno o más sismos de gran intensidad, no debería registrarse uno mayor. El gran terremoto del 22 de mayo de 1960 demostró lo contrario.

A las 15:11 horas, mientras las personas apenas lograban mantener la calma, comenzó el gran sismo. Se trató de un mega terremoto de magnitud 9.5, resultado de la fractura en la zona de subducción que comprende un área de al menos 1350 kilómetros, entre la península de Arauco, en la región de La Araucanía, y la península del Taitao, en la región de Aysén.

Cerca de 10 minutos de un intenso movimiento, donde los gritos de las personas se mezclaron con el ruido proveniente de la tierra. Probablemente los minutos más largos de quienes presenciaron en carne propia el “Megaterremoto de Valdivia”.

Se le conoce así porque esta ciudad fue la zona más afectada. Tanto es así, que la intensidad del terremoto en Valdivia se sintió del orden de entre XI y XII grados en la escala de Mercalli, es decir: se destruyeron gran parte de las edificaciones, el terreno sufrió fracturas y ondulaciones, y las personas no pudieron mantenerse en pie.

Un gran número de edificios y construcciones quedaron en el suelo. Caminos, puentes y carreteras quedaron inutilizables y las comunicaciones se cortaron. Los daños se extendieron por más de 400 mil kilómetros cuadrados, desde Talca hasta Chiloé.

La zona se caracterizaba en esos años por tener un gran número de industrias, principalmente curtiembres y fábricas de zapatos: Calzados Weiss, Calzados Pérez, Calzados Rudloff, entre otras.

Fábricas de aceite, de velas, cervecerías, almacenes, cafeterías, empresas grandes y pequeñas sucumbieron con el terremoto. Junto a ellas, fachadas y casas coloniales sufrieron daños irreparables que, en muchos casos, concluyeron en demoliciones.

Pese a la destrucción, muchas viviendas resistieron muy bien los terremotos. La madera, por su elasticidad, propiedades térmicas, durabilidad y bajo costo, se consagró como el material sismorresistente por excelencia en la época.

Por esos años, las personas acostumbraban ir al teatro o a las quintas de recreo durante el fin de semana. La música folclórica, los bailes y cantatas también eran parte de los pasatiempos de la gente del sur.

Ese domingo fue un día de esos que no se ven en mayo. Estaba soleado, con una agradable temperatura que incluso hacía olvidar que el invierno estaba cerca. Los terremotos no se pueden predecir y en los días más bellos, nadie esperaba una tragedia.

Estas son las historias de quienes vivieron y sobrevivieron a los terremotos del 22 de mayo de 1960.

### **La máquina de coser: testimonio de Horacio Saldívar**

Horacio Saldívar tenía 13 años y vivía en calle Picarte, en Valdivia. Ese domingo almorzó tarde y aunque tenía pensado ir al teatro, prefirió quedarse en casa junto a su hermana, su madre, y su abuela.

Su padre había muerto dos años antes y la situación económica en ese entonces era dura. Las mujeres se dedicaban a hacer costuras y confecciones para obtener dinero.

Minutos antes de las 3 de la tarde del 22 de mayo, la casa de Horacio comenzó a moverse. Inmediatamente su madre, Horavia, les indicó a él y a Adriana, su hermana, que debían protegerse bajo la puerta. El sismo fue breve y se caracterizó principalmente por el ruido.

Su abuela, Teolinda, estaba en la cocina, ubicada en la parte trasera de la casa, pero el paso estaba interrumpido por un enorme mueble con loza que cayó al suelo producto del movimiento. Horacio encontró a Teolinda bajo el marco de la puerta y como pudo le ayudó a salir de ahí y la llevó al frontis.

Quince minutos después comenzó un segundo movimiento, uno mucho más fuerte, más largo y ruidoso. Horacio recuerda que la casa del frente, un inmueble de dos pisos y aproximadamente diez metros de altura, se movía al compás junto a un muro de once metros. Estuvieron así un par de minutos hasta que se separaron, golpeándose entre sí y provocando que el gran muro cayera sobre la casa del lado.

El ruido subterráneo se mezclaba con el crujir de las maderas, la loza que se quebraba, los gritos de las personas y las súplicas de quienes eran creyentes. “Llegó un momento de pánico en que lo único que hacíamos era rezar, pedir perdón por todo lo que se había hecho”, recuerda Horacio.

En medio del movimiento, uno de sus vecinos cruzó la calle Picarte y se sostuvo en un letrero de vulcanización que estaba en el bandejón. El sacudir de la tierra era tan fuerte que el hombre no podía contenerse y durante varios minutos dio vueltas alrededor del fierro, sin control de sí mismo.

Era un terremoto, de eso no había duda. Una vez que el vaivén de la tierra cesó, vino el silencio. Un silencio seco y doloroso, que impedía que la voz expresara lo que los ojos veían, lo que habían visto en esos minutos que parecieron eternos.

- “¡La asistencia, la asistencia!, ¡la casa se está quemando arriba!, ¡se dio vuelta la estufa!”, grita un arrendatario que vivía en una pieza del segundo piso.

Horacio subió corriendo desesperado y al intentar apagar el fuego, se dio cuenta que no había agua. No lo pensó dos veces y con la comida que quedaba en la olla pudo sofocar el incendio.

“La necesidad hace al hombre”, con esas palabras Horacio Zaldívar comienza a relatar lo que fue para él y su familia sobrellevar los días siguientes al terremoto. “Teníamos que buscar la forma de sobrevivir”, agrega.

Junto a sus amigos del barrio se dedicó a conseguir agua. Al vivir en un sector ferroviario, conocía muy bien dónde estaban los trenes y qué contenían en su interior. “Conocíamos las locomotoras y los trenes estaban parados. De ahí sacamos carbón de piedra para hacer fuego y agua para poder alimentarnos”, cuenta con una risa nerviosa al recordar que dicha travesura era también necesidad.

Debido a las constantes réplicas, su familia temía dormir dentro de la casa. En cosa de horas, las historias de personas que murieron aplastadas en sus propios hogares ya se conocían en todo Valdivia y nadie quería ser parte de esa triste lista.

La glorieta en el patio fue para su familia el lugar más seguro. Horacio recuerda que, pese a que la temperatura era alta para la época, sentían mucho frío y tuvieron que sacar las frazadas y encender un brasero.

Los días siguientes se acomodaron en un baño que estaba en el primer piso y que no tenía una construcción encima, como el resto de la casa.

La familia de Horacio no fue favorecida con la ayuda que se entregó en ese momento. “Habían algunas ayudas y realmente las ayudas no llegaron. A nosotros, al menos, nunca nos llegó”, indica.

Con orgullo recuerda que el sustento fue obtenido gracias al trabajo de su madre y su abuela. Pero la sensación de injusticia lo acompañó por mucho tiempo y creció aún más cuando, cerca

de 20 años después, en casa de unos conocidos, descubre un armario lleno de frazadas. Eran las que estaban destinadas a las familias damnificadas.

“Abro un ropero, fácilmente deben haber habido unas 50 o 100 frazadas”, recuerda. Para su asombro, la explicación lo dejó sin palabras.

- “¿Qué hace esto aquí?”, preguntó Horacio.
- “No sé, las regalaron. Una vecina nos regaló”, le respondieron
- “¿Por qué poh?”, insistió.
- “Es que había que darlas pal’ terremoto y no había a quién dárselas poh, y se las dieron a mi mamá”, le indicaron.

Sus ojos se humedecen mientras rememora esa experiencia. Con rabia y nostalgia agrega que “ese es un hecho histórico que nunca va a cambiar. Siempre hay mucha gente que se aprovecha de las situaciones y en vez de ayudar, destruye. Mucha gente no tenía con qué taparse. Ahí estaban las frazadas, guardadas en una casa, poh. Esto era para la gente que necesitaba y está aquí pudriéndose, echándose a perder. Nunca las usaron”.

Debido a que en su casa la ayuda nunca llegó, fue su abuelita Teo, que con ceguera y más de 80 años, hacía confecciones con su máquina de coser. “Lo que hacía, lo vendía”, recuerda con cariño y emoción porque fue gracias a esas manos hacendosas que su familia tuvo para lo indispensable: la comida.

Con respeto y agradecimiento guarda a su abuela en su corazón y en su memoria. Y en el segundo piso de su casa, la misma donde pasó el terremoto, aún conserva la máquina de coser. La misma que en esos tiempos le dio de comer a él y a su familia.

### **La Copa de Agua: testimonio de Adela del Carmen Guerrero**

En calle Bueras, muy cerca del Hospital Regional de Valdivia, vivía Adela del Carmen Guerrero junto a sus padres, tres hermanos mayores y una hermana menor.

Su padre, Alfredo, aprovechó la soleada tarde para ir a jugar rayuela a una quinta de recreo ubicada en Isla Teja. Elcira, su madre, había planeado visitar a un conocido que estaba internado

en el hospital, no obstante, después de darse un baño decidió no ir y quedarse en casa para hacer inventario de materiales.

Alfredo trabajaba en una empresa de agua potable que recientemente había construido una copa de agua a metros de su casa. Adela y su madre comenzaron a contar los materiales cuando un fuerte temblor hizo que uno de los tubos de cemento cayera al suelo.

- “Dejémoslo hasta ahí no más, después seguimos”, dijo Elcira.

Minutos antes, la mujer observó un extraño comportamiento en las gallinas y gansos.

- “Algo va a pasar, ¿por qué las aves van a estar inquietas?”, comentó.

Mario, uno de los hermanos de Adela, comenzó a burlarse de las mujeres, diciendo que otro temblor vendría. La madre asustada, tomó a sus hijos en brazos y se ubicaron bajo el marco de la puerta. La instrucción era una: no pisar la tierra.

En ese instante comenzó el segundo movimiento. Adela recuerda los gritos y el ruido proveniente del hospital. “Comencé a sentir los gritos de la gente. El hospital tenía unos pasillos grandes que eran de puros ventanales y se sentía cómo reventaban los vidrios”, comenta.

En medio del ruido ensordecedor, Adela alzó la mirada y observó el movimiento de la copa de agua, que despedía mucho polvo, oscureciendo el paisaje. “Era como si se hubiesen subido a tirar quintales de harina, se veía puro polvo”, recuerda.

Su padre, que se encontraba a unos cuatro kilómetros, comenzaba su travesía para volver a casa. Corriendo llegó al puente Pedro de Valdivia. Dicho puente había sido inaugurado cinco años antes y resistió muy bien el terremoto; no obstante, una parte colapsó y eso impedía su tránsito.

- “Aquí tenemos que saltar, no hay otra manera de pasar”, le dijo un amigo.

Ambos se armaron de valor, retrocedieron unos pasos para correr y saltar en el puente de 20 metros de altura.

Desde ese punto, el hombre lograría en la mitad del tiempo un trayecto que demora poco más de media hora caminando. El padre corrió como pudo, saltando entre escombros y grietas, mientras observaba el desastre que el terremoto produjo en el centro de la ciudad.

La posibilidad de que la copa hubiese cedido, aplastando su casa y su familia, era lo que más le angustiaba.

Una vez que pudo observar la copa en pie, le volvió el alma al cuerpo, abrazó a su esposa, hijas e hijos, mientras recuperaba el aliento.

La madre de Adela ofreció los materiales que sobraron de la construcción de la copa de agua para que las familias construyeran los “rucos”. Paneles de madera y otras herramientas fueron provechosamente utilizadas para protegerse del frío y la lluvia.

Afortunadamente, su casa no sufrió grandes daños y, al vivir en un sector de familias con una buena situación económica, recibió la ayuda de sus vecinos y vecinas.

En su mente aún existe la imagen de las aves picoteando la comida que su madre había preparado aquel 22 de mayo. “Ese día ella había cocinado un ganso entero, una tremenda olla, y lo más curioso es que después de todo esto los pollos andaban adentro comiéndose los restos que habían quedado. Picoteando la comida esparcida en el suelo”, recuerda.

Adela tenía 8 años y fue protegida por sus padres y hermanos. Por eso no se enteró, más allá de lo que pudo observar, de las necesidades que otras familias tuvieron.

“Se perdió mucho. Valdivia tenía mucha navegación, era muy bonito. Yo siempre le digo a mi marido que por más arreglos que hagan, en Valdivia jamás se va a llegar a lo que era”, concluye Adela con la vista perdida, recordando.

### **El tarro de leche: testimonio de Eugenia Leal Alarcón**

Eugenia vivía en el primer piso de un conjunto de departamentos de tres niveles, ubicado en la población Bueras, en Valdivia.

Ese domingo, estaba en casa con sus padres, sus dos hermanas y su abuelito, que estaba de visita. Recuerda que ese día almorzó asado con papas y ensalada. El tema principal en la mesa era el terremoto de Concepción del día anterior.

Luego de comer, fue a jugar al patio con sus hermanas y una amiga del pasaje. Ahí la sorprendió el primer sismo. Su mamá rápidamente salió a buscarlas y las reunió en la puerta que daba a la calle.



Cuando lograron tranquilizarse y ya se disponían a seguir jugando, comenzó el segundo movimiento, mucho más fuerte que el anterior.

“Mi mamá todo el temblor lo pasó con nosotras abrazadas y sosteniendo a una amiguita que vivía un poco más lejos del departamento. Recuerdo que mi mamá la sujetó a ella para que no se fuera a su casa, puesto que las chimeneas se estaban cayendo”, recuerda.

Mientras temblaba, la gente salía gritando a la calle. Hubo vecinos que estaban durmiendo y salieron corriendo en calzoncillos.

- “Terremoto, terremoto”, gritaban.
- “Es el fin del mundo”, replicó un vecino.

Eugenia recuerda el llanto de las personas y ver esa desesperación le recordó a su abuelita, que estaba sola. “Yo ahí me puse a llorar a gritos y repetía a cada rato: ¡mi abuelita, mi abuelita, mi abuelita! Recuerdo que me dieron una aspirina con agua tibia para calmarme, pero yo seguía llorando porque era muy regalona de ella”, comenta.

Su abuela llegó unos minutos después y sin preguntar a nadie, dio la instrucción de que todos se fueran a su casa, ubicada a unas cuadras. La mamá de Eugenia guardó algunas cosas en la maleta, entre ellas, los uniformes de sus hijas.

“Mi papá con mucha ternura le toca la cabeza y le responde: Valdivia está en el suelo, no va haber clases en mucho tiempo”, recuerda entre risas.

Durante semanas, la familia de Eugenia durmió en colchonetas. Se informaban a través de la radio y la prensa escrita. El diario “El Correo de Valdivia” publicó una lista con las personas fallecidas. “En esa lista de muertos yo vi a una compañera de curso, que murió aplastada con una muralla”, nos comenta.

Los días pasaron y comenzó a llegar la ayuda a la zona. Eugenia recuerda que semanalmente se entregaban otras cosas como café, azúcar, arroz y legumbres.

“Mi papá llegó con un tarro de leche Nido de 2 kilos y le mostró muy orgulloso esto a mi mamá. Sin embargo, el tarro venía con una pequeña hendidura. En ese tiempo se decía que uno no podía consumir tarros o conservas que venían dañados, así que mi mamá le dijo: yo no le voy a dar leche a mis hijas de un tarro que viene fracturado. Mi papá le respondió: hijita, es lo único que se puede conseguir”, recuerda.

Finalmente, las niñas tomaron la leche. “Mi mamá se dio cuenta que no teníamos otra cosa”, nos cuenta.

Al final de la conversación, Eugenia reflexiona sobre el alcance del terremoto en la vida de las personas. “Donde te escondas te va a pillar y se queda en la memoria de la gente, es algo que no olvidas nunca. Nosotros vivimos un incendio en la casa y no fue tan relevante como para mí fue el terremoto. Escapa del control, tú donde te pongas el terremoto te va a encontrar”, sentencia.

### **En familia: testimonio de Mickey Alarcón**

Su nombre real es Juan Bautista Alarcón Barrientos, pero es popularmente conocido como Mickey Alarcón. En ese entonces tenía 10 años y vivía con sus padres, Noel y Helvia, y su hermana Isabel, en calle Antofagasta, en el sector de Rahue Bajo, en Osorno.

El sábado 21 de mayo de 1960 celebraron en familia su cumpleaños y el de Isabel. Habían recibido la visita de tíos y tías provenientes de Lago Ranco.

Mickey recuerda que, pese a la celebración, en su familia existía preocupación. “Escuchamos por la Radio Sago que había habido un terremoto muy fuerte en Concepción, de tal manera que teníamos algo de miedo”, comenta.

No obstante, al día siguiente el almuerzo fue muy alegre y hubo muchas risas. “Mi abuelo y mis tíos recordaron sabrosas anécdotas campesinas”, sostiene.

El domingo 22 de mayo después de almorzar, Mickey comenzó a pintar una imagen de Arturo Prat que venía de regalo en el Diario La Prensa. Mientras tanto, su familia puso la pava (una gran tetera) sobre la estufa a leña para preparar café.

“Yo ya había empezado a colorear ese diario, cuando en ese momento sentí un ruido subterráneo raro. Miré la pava y la vi mecerse a contraluz de la ventana que daba al patio”, recuerda.

Unos minutos más tarde sienten otro remezón, el que comenzó a aumentar en intensidad. Su madre rápidamente le tomó la mano.

- “¡Salgamos al patio!”, gritó su tío Mateo.

“La tierra ya estaba descontrolada y la casa parecía un barco al medio de una tormenta. La tía Paula no paraba de rezar y todo nuestro grupo familiar empezó a tratar de llegar al patio. Venían oleadas de tierra, las que, cual olas subían y bajaban”, recuerda.

Todo ocurría en un ambiente donde reinaba el ruido. La gente gritaba y los eucaliptos se azotaban entre sí. Mientras tanto, su madre y sus tías rezaban.

- “¡Acabo de mundo, acabo de mundo!, ¡Dios, ayúdanos!”, gritaba alguien.

“No nos podíamos mantener en pie, un miedo enorme me invadía y lloraba de terror. Ya no sabíamos qué iba a pasar”, comenta Mickey.

Cuando el movimiento se detuvo, las personas comenzaron a reunirse para rezar. Mickey recuerda que los perros continuaban ladrando.

- “¡Se va a salir el río!, ¡se va a salir el río!, gritaba la gente tras las réplicas.

- “¡Dios mío, ayúdanos Señor!, ¡Aleluya, Señor, aleluya!, clamaba hincado un hombre que portaba una biblia abierta apuntando al cielo.

“Como a la media hora sentimos las sirenas de los carros de la Sexta Compañía de Bomberos, que salieron a socorrer a unas personas víctimas de derrumbes. Así empezaba la solidaridad”, destaca.

Su familia permaneció por varias horas en el patio de la casa. Llegada la noche, decidieron dormir en la cocina.

La mañana del lunes 23 de mayo, el papá y el abuelo de Mickey fueron al centro de Osorno en busca de información. “Volvieron pálidos. Las noticias hablaban de un gran maremoto. Concepción desaparecida, Valdivia hundida en el mar, Puerto Montt y Maullín destruidas, en el Lago Rupanco los cerros se habían dado vuelta encima de la gente. Chile se había dividido en dos”, comenta.

En los días siguientes, Mickey recuerda que muchas personas se acercaron al regimiento en busca de ayuda e información. Los profesores y profesoras levantaron una campaña de ayuda y los bomberos se acuartelaron.

“Los aviones de diferentes banderas llegaban al aeródromo de Pampa Alegre, ubicado en el sector de Francke. Llegó leche en polvo y demás elementos de supervivencia. Pasamos casi un mes sin electricidad ni agua potable”, agrega.

### **¿Este sí que fue terremoto? testimonio de Rodolfo Amthauer**

Rodolfo tenía 9 años y vivía junto a su familia en calle Bilbao, en el centro de la ciudad de Osorno. El sábado 21 de mayo se enteraron que hubo un terremoto en Concepción.

Su padre, Emilio, y su madre, Gabriela, le explicaron a Rodolfo y a sus tres hermanos, Anita, Mario y Bernardo, lo que era un terremoto y cómo este se diferenciaba de un temblor: “básicamente el temblor asusta y prácticamente no hay daño. En cambio, el terremoto asusta más y hay mucho daño e incluso muertes. Una explicación sencilla, pero clarísima para un niño de nueve años. También nos explicó los grados: hasta 6 podía considerarse temblor y de 7, en que comenzaban los daños, se hablaba de terremoto. Lo terrorífico es que había hasta 12, donde no quedaba casi nada en pie. Pero eso no había ocurrido nunca nos aclaró, yo creo que para no preocuparnos”, recuerda Rodolfo.

La mañana del 22 de mayo, Emilio llevó a sus hijos a un paseo por el centro de la ciudad, recorrido que incluía pasar por el negocio familiar “Regalos EMAN”, dedicado al rubro de la cristalería, vajillas y menaje.

Al retornar a casa, pasaron frente al edificio del diario “La Prensa”. “Como era costumbre en esa época, las noticias importantes de última hora que no habían sido incluidas en la edición de papel, se comunicaban en una pizarra escrita con tiza en el frontis del edificio”, comenta.

Las últimas noticias destacaban que en Concepción se había decretado toque de queda y los militares se hacían cargo del control de la situación. “Nuestro padre nos explicó que en estas condiciones de emergencia se utilizaba para prevenir robos y saqueos a las casas destruidas por el terremoto”, agrega.

Luego de almorzar, Rodolfo y sus hermanos fueron al patio a jugar, simulaban ser militares que mantenían el orden. Mientras tanto, sus padres tomaron una siesta en la habitación matrimonial, ubicada en el segundo piso de la casa.

“Entretenidos nos sorprendió el temblor precursor. Muy asustados, seguimos las instrucciones recibidas por nuestro padre: salir al centro del patio y mantenerse alejados de construcciones, por ningún motivo entrar a la casa ni subir al segundo piso, y mucho menos salir a la calle”, recuerda.

Abrazados, los hermanos Amthauer Matthei, esperaron a sus padres en el patio. Fue durante la espera que comenzó un movimiento mucho mayor, con sacudidas muy fuertes y con gran ruido subterráneo, que se mezclaba con los crujidos de la casa y el golpe de los cables eléctricos.

El movimiento hizo que una chimenea cayera desde el segundo piso con gran estruendo y levantando mucho polvo.

Luego de unos minutos, vieron a su madre en el corredor que daba al patio. Por el vaivén de la casa, ella no pudo continuar y permaneció aferrada a un pilar de madera.

Su padre, en cambio, decidió no bajar y se mantuvo aferrado al umbral de la puerta en el dormitorio. Cuando el movimiento cesó, “se acercó a abrazarnos y verificar que todos estuviéramos bien y darnos palabras de aliento, mientras yo repetía como loro: ¿esto sí que fue terremoto?”, recuerda.

En los minutos siguientes, la familia se abocó a juntar agua en recipientes limpios, revisar el fuego de la estufa y apagarlo. Avanzada la tarde y al igual que en la mayoría de las casas que quedaron en pie, su familia dispuso colchones y frazadas en el suelo, junto a la puerta de salida.

Su padre, Emilio, salió temprano la mañana del lunes 23 de mayo a revisar los daños en el negocio familiar. “Volvió apesadumbrado, si bien la estructura del local no sufrió daños, sí se dañó la loza, cristalería y afines. Las pérdidas eran importantes”, destaca.

Rodolfo recuerda que, al tercer día, camiones aljibes y carros de bomberos comenzaron a recorrer la ciudad repartiendo agua. En su casa, la avena con leche se convirtió en el plato para el desayuno y la cena. “Poca azúcar y a veces vainilla. Esta dieta duró unos dos meses, lo cual me marcó a tal punto que jamás he vuelto a comer ese plato”, comenta.

Si bien no todas las viviendas en Osorno sufrieron grandes daños estructurales, fue la loza y cristalería la que sufrió los efectos del gran terremoto y sus constantes réplicas. Situación de la cual Emilio Amthauer se vio muy favorecido. En pocos días logró vender el stock disponible en su negocio.

Rodolfo no recuerda con precisión el tiempo transcurrido antes de volver a clases, asegura que fue entre uno y dos meses. No obstante, sí recuerda que después del terremoto tuvo nuevos compañeros.

“Dada la destrucción completa del Colegio Alemán de Valdivia, la mayoría de los estudiantes migró a colegios de otras ciudades. En esos años el uniforme del Colegio Alemán de Osorno era de chaqueta verde y pantalón plomo. En cambio, en Valdivia era chaqueta morada y pantalón plomo. Así entonces, los valdivianos eran fácilmente identificados, pero que recuerde nunca discriminados, al contrario, había un esfuerzo especial por integrarlos”, destaca Rodolfo al finalizar su relato.

### **Los pololos: testimonio de Juvenal Guital y Valeria Prieto**

Valeria y Juvenal, de 15 y 18 años respectivamente, eran novios en 1960. Sus familias eran muy amigas y Juvenal se destacaba por su exitosa carrera deportiva en el ciclismo.

Desde los 12 años representó a Osorno en competencias infantiles, y el sábado 21 de mayo participó de un evento deportivo que tradicionalmente se realizaba cada año, y que consistía en ir y volver a San Pablo, una comuna al norte de Osorno.

“Se corrió la doble San Pablo, que en aquellos años eran 50 kilómetros. No había pavimento, se corría en piedra o camino ripiado. Solamente la ciudad tenía pavimento. No existía la Panamericana, ni ninguna de esas cosas”, recuerda Juvenal.

“Él corría y yo me sentaba en la plaza a verlo”, agrega Valeria, entre risas.

Al día siguiente y como cada domingo ambos irían al cine, pero finalmente Valeria desistió y prefirió quedarse en casa con su familia.

Juvenal, en cambio, sí fue al cine, el que estaba ubicado en calle Eleuterio Ramírez, entre Cochrane y Manuel Antonio Matta, en pleno centro de Osorno. No recuerda la película porque dicha actividad consistía en algo rutinario durante los fines de semana.

No obstante, a eso de las 3 de la tarde, un fuerte sismo acabaría con esa rutina. Todos y todas las asistentes corrieron hacia la Plaza de Armas en una acción casi instintiva, pero volvieron

rápidamente cuando el movimiento cesó. En cosa de minutos, la función se vería interrumpida nuevamente.

“No habían pasado ni 10 o 15 minutos y empezó el terremoto, en el cual no se podía estar de pie. Era un movimiento increíble y lo único que quedaba era echarse de guata al piso”, comenta Juvenal.

Ya en la Plaza de Armas de nuevo, se quedaron en cuclillas junto a la pileta. “A pie no podíamos estar. La tierra hacía una ondulación y eso se podía reflejar en el movimiento de las viviendas. La pileta de la plaza se vació”, agrega.

A Valeria el terremoto la sorprendió en medio de la siesta que solía tomar después de almuerzo.

Vivía en calle Zenteno, junto a sus padres y siete hermanos y hermanas. Estar en su casa, sin embargo, no haría que su experiencia fuera menos caótica: los ventanales del segundo piso estallaron con el movimiento y los trozos de vidrio se estrellaron contra la baldosa de la terraza. El ruido se mezclaba con los gritos y la vibración de la casa.

Con el sismo, la cocina a leña terminó por obstaculizar la puerta que daba al patio, dejando a la familia atrapada.

“Yo veía a unos vecinos del frente, se tiraban al suelo y saltaban, saltaban y saltaban. Nadie, nadie podía estar de pie, todos en las calles. Todo era un desastre, fue un momento de mucho pánico y muchos creímos que se venía el fin del mundo”, recuerda Valeria.

La mujer agrega que a sus quince años no se explicaba cómo el terremoto tuvo la fuerza para mover la tan pesada cocina. “Lo que más me impactó fue que la cocina a leña, que es de fierro fundido, se había movido y quedó obstaculizando una de las puertas. Fue horrible”, indica.

Tras el sismo, rápidamente comenzó la organización y ayuda entre vecinos y vecinas. La pareja recuerda que obtuvieron ayuda por parte de la Compañía Chilena de Productos Alimenticios Sociedad Anónima Comercial e Industrial, CHIPRODAL - hoy Nestlé S.A.-. “Osorno es una zona agrícola ganadera, por lo que más había era leche y carne”, comenta Juvenal.

“Nunca supe de heridos, derrumbes. No supe nada de eso”, indica Valeria sobre su círculo cercano y personas conocidas.

Juvenal recuerda con nostalgia que “la radio estuvo transmitiendo las consecuencias del terremoto por meses, ya que existían muchos desaparecidos, inundaciones e incendios”.

Al cabo de una semana, según ambos recuerdan, la pareja emprendió rumbo a Bahía Mansa, en la zona costera de Osorno. Su intención era observar la nave que, según las historias que corrían de boca en boca, fue expulsada desde el mar y se asentó en unos roqueríos.

Sin avisar a sus padres, Valeria y Juvenal se subieron a una moto y recorrieron los 60 kilómetros que separan a la ciudad de la bahía. “Era impresionante ver un buque arriba de las rocas, estaba completo. Incluso se le veía hasta las hélices. Imagínate la altura de la ola que alcanzó, ya que la sacó de la playa y la dejó arriba de los roqueríos. Nos arrancamos porque no teníamos permiso para salir”, recuerda Juvenal con alegría.

Luego del viaje secreto, la pareja no tuvo contacto con personas ajenas a sus familias por al menos un mes. Las tareas se concentraron en ordenar los destrozos que quedaron en casa. Una labor que no era sencilla por las constantes réplicas. “Nadie sabía dónde nos iba a tocar el próximo temblor. Tembló por meses”, comenta Valeria.

Ella recuerda que parte de la ayuda proveniente del extranjero consistía en ropa, la que estaba destinada a las personas damnificadas. “Surgió un chiste que decía que, si tú te comprabas algo, te decían: ah, tú eres damnificada - ríe -, puesto que toda la gente andaba con ropa importada”, explica.

Juvenal y Valeria tuvieron el privilegio de vivir esta experiencia bajo el alero de familias con una buena situación económica, un entorno y redes de contacto colaborativas. Por ende, no tuvieron mayores problemas respecto a sus necesidades básicas: como la alimentación.

“Éramos muy chicos para tener nociones, a esa edad no veías pobreza y tampoco faltaba nada. Lo pasamos muy bien para el terremoto nosotros, nunca captamos la grandeza de lo que fue. Uno escuchaba en la radio la cantidad de muertos y desaparecidos, sobre incendios y que la tierra se abrió, pero a nosotros no nos afectaba en nada. Nunca tuvimos un problema”, aclara Valeria.



## **En la línea del tren: testimonio de Luis Arroyo**

Luis tenía 19 años y ese domingo estaba en el cine de Puerto Montt. Recuerda que era su panorama favorito de los fines de semana, ya que antes no había televisión.

Antes de las tres de la tarde hubo un sismo que no sintió, pero del cual se percató dado que las y los asistentes del cine comenzaron a salir rápidamente. “Yo los seguí para no quedarme solo y vi los cables de la luz que se estaban moviendo fuerte”, recuerda.

Pasaron unos minutos y las personas entraron nuevamente a la matiné. La película que estaban viendo contaba la historia de un joven que fue a robar un banco. El gran terremoto coincidió con una explosión en la pantalla, producto del mismo filme.

“Justo empezó a temblar y ahí sí que lo sentí, salí corriendo al igual que toda la gente. Era tan fuerte que nadie se podía sostener de pie, entonces corrí hacia la costanera y fueron casi dos cuadras”, nos cuenta Luis.

En esos años, la estación de ferrocarriles de Puerto Montt se encontraba donde hoy se emplaza el Mall Paseo Costanera. Hasta ahí llegó el joven que, presa del cansancio y el miedo, decidió recostarse en la línea del tren. Seguía temblando.

“Nadie se aguantaba de pie. Era un cataclismo, no un terremoto. Iban cayendo las chimeneas que eran de cuadritos de cemento y los cables sobre las calles. Fue muy terrible, fueron cerca de 10 minutos sin sostener”, agrega.

En su desesperación, pensó que la tierra podía abrirse, pero se convenció de que estaba en un lugar seguro. “En la línea del tren no se abría la tierra, puesto que estaban esos palitos por donde se colocaban los rieles y ahí uno se ubicaba por si se abría la tierra”, asegura.

Tras largos minutos y cuando el sismo terminó, todavía atontado, Luis caminó en dirección a Angelmó. Luego caminó nuevamente hacia la estación de ferrocarriles. Estaba desorientado, perdido.

“Pasé por la plaza y estaba todo desarmado. La playa llegaba hasta la calle Varas, pero después se recogió cerca de 200 metros y eso como era relleno se revolvió todo”, destaca.

Recién en este punto, comienza a darse cuenta de lo que había vivido. Vio casas y hoteles a medio caer. “Al kiosco de la plaza le decían el “bostezo del alcalde” porque tenía una visera. Ese quedó hundido en el relleno de la plaza”, recuerda.

Tras varios minutos recorriendo la ciudad, medio aturdido e incluso incrédulo de lo que había presenciado, decidió ir a casa. Sus padres lo estaban esperando.

- “Ay, llegaste. ¡Estás vivo!”, le dijeron.

La familia de Luis vivía en Urmeneta, en el centro de la ciudad. En dicho sector las casas no cayeron. No obstante, al interior yacían derramadas las conservas y juegos de loza, que por tanto tiempo cuidaron y evitaron usar. Pese a que no hubo grandes daños materiales, su salud mental sí se vio afectada.

“Acá no pasó nada, la casa era super firme y no sufrió nada. Pero mi viejo estaba nervioso y se armó una mediagua en el fondo por si volvía a temblar. Si venía otro temblor fuerte salíamos y volvíamos a entrar, nos terminamos acostumbrando”, nos cuenta.

“Quedamos expertos en movimientos sísmicos”, agrega entre risas.

Con las semanas, Luis sería testigo de la llegada de ayuda proveniente de diferentes partes del mundo. Recuerda que los aviones *Globemaster* llegaban al aeropuerto El Tepual cargados con víveres y artículos para las familias.

“Llegaron los norteamericanos y apoyaron en la construcción de viviendas. Se instalaron en Puerto Montt y apoyaron mucho porque se había caído el hospital. Venían médicos y todo. Alemania también mandó ayuda para reconstruir el puerto, ya que todo eso cayó al mar, todas las instalaciones: grúas y todo eso”, recuerda.

Después del terremoto, Luis sufrió depresión. Lo que vio, escuchó y sintió en sus largas caminatas, en estado de shock y desorientado, son algo que ni él recuerda. Probablemente su mente las borró como un mecanismo de protección.

Lo cierto es que durante mucho tiempo se mantuvo muy alerta, debido a las constantes réplicas. “Había que estar atento en la puerta de la casa para arrancar en el caso de...”, concluye.

## **Agüita de hierbas: testimonio de Carmen Paillante**

La Isla Butachauques pertenece al archipiélago de Chiloé. Con poco más de 43 kilómetros cuadrados es la mayor de las seis islas Chauques, pertenecientes a la comuna de Quellón.

Allí vivía Carmen, una joven de 18 años, que junto a su familia eran parte de los poco más de 40 habitantes que por entonces tenía la isla.

El domingo 22 de mayo se encontraba almorzando con su madre, María, su abuela, Micaela y sus hermanos, Juan y José. Además, ese día habían recibido la visita de un matrimonio amigo de la familia.

Mientras comían, un sismo los hizo salir corriendo de la casa.

“Había un cerco y todos corrieron a abrazar los palos para que no se cayeran, puesto que la tierra hacía olas, tal como el mar, hacía olas. Mi hermano Juan de inmediato se puso a llorar. Él tenía unos 14 años y lloraba mucho porque tenía mucho miedo, daba mucha cosa caminar”, recuerda Carmen.

La señora que estaba de visita no pudo soportar la emoción y se desmayó durante el terremoto.

- “Oye, hierva agua, anda a la vuelta a buscar melisa. Toronjil también”, le grita su madre.

Carmen, casi sin cuestionamientos, obedeció las instrucciones. “Las ventanas y los vidrios se caían, se quebró todo. Fue terrible. Pero yo nunca tuve miedo, hice todo lo que mi mamá me dijo: herví agua, hice el remedio y salí con mi taza”, asegura.

Mientras tanto, su abuela le gritaba desesperada desde afuera.

- “Se va a caer la casa, sal de ahí”, decía la mujer.

“Yo traté de hacerlo todo rápido y salí con mi agua de hierbas. Lo hice todo mientras temblaba. Temblaba mucho”, agrega Carmen.

Al salir nuevamente, pudo apreciar cómo los arrayanes se golpeaban contra el suelo producto del movimiento. Pensó que la isla se hundiría, ya que se formaron varias grietas en la tierra.

Su madre se hincó en la pampa y empezó a cantar. Eran plegarias. A esto se sumaron las y los vecinos que estaban alrededor. Se mantuvieron así entre 20 y 30 minutos, aún después de que el movimiento se detuvo. Carmen asegura que en la isla nunca habían vivido un terremoto.

No hubo muertes y tampoco desapariciones. La ayuda surgió de la misma comunidad. Entre las seis familias de la época se apoyaron para salir adelante. “Todos cooperaban con todos, con la comida, otros daban madera y se veía mucho en la isla. Era muy humanitaria la gente”, asegura.

Las pocas noticias que tuvieron del terremoto fueron gracias a la radio que una de las familias tenía. Las informaciones hablaban principalmente de Valdivia y las zonas afectadas por el maremoto.

La gente de la Isla Butachauques continuó con su vida de la misma forma que lo hacía hasta ese domingo, trabajando la tierra, sembrando y criando animales.

“No vendíamos nada, todo era para nosotros, para poder vivir tranquilas”, cuenta Carmen.

### Capítulo 3: Maremoto

Minutos después del terremoto de magnitud 9.5, las zonas costeras del país, entre las regiones del Bío Bío y Aysén fueron afectadas por un maremoto, cuyo tren de olas recorrió el océano Pacífico, llegando incluso a países como Filipinas, China, Japón, Nueva Zelanda y Estados Unidos.

El fenómeno mostró sus primeros indicios con el recogimiento del mar, algo que llamó la atención de las personas, especialmente de las y los pescadores que quedaron atónitos ante un espectáculo que no se ve todos los días. De pronto, frente a sus ojos, el fondo marino se presentó desnudo. El mar pronto cubriría todo con más fuerza.

Testigos del maremoto hablan de tres olas inmensas que se alzaron para abrazar una vasta zona de tierra y llevando consigo lo que allí estaba: barcos, casas, vehículos y también personas y animales.

En Isla Mocha, región del Bío Bío, el maremoto comenzó apenas diez minutos después del gran terremoto, con olas que alcanzaron una altura de 15 metros.

En Puerto Saavedra, región de La Araucanía, el retroceso del mar produjo un aumento en la corriente del río Imperial. Cerca de 30 minutos después del terremoto, dos olas de entre tres y cuatro metros golpearon la costa. Una tercera, de ocho metros aproximadamente, terminó por destruir el puerto.

Otra de las zonas mayormente afectadas fue Mehuín, en la región de Los Ríos. Allí el primer indicio fue un descenso del nivel del río Mehuín, que parecía vaciarse en su camino al mar. Unos quince minutos más tarde, el río comenzaría a crecer en tamaño y velocidad. Tres olas, la más grande de unos ocho metros y medio, arrasaron con el pueblo.

La Bahía de Corral es probablemente el símbolo de la afectación del maremoto de 1960. La primera ola, de entre tres y cinco metros de altura, llegó con fuerza unos minutos después del sismo. A eso de las 16:25, dos grandes olas, de entre ocho y diez metros ingresaron al pueblo y absorbieron todo cuanto encontraron a su paso.

Mientras el agua iba en retirada, las personas que se encontraban en los cerros de Corral, pudieron ver una hendidura entre el banco Tres Hermanas y punta Piojo. El abismo de unos diez metros de ancho, y entre seis y ocho metros de profundidad, arrastró consigo al remolcador

Pacífico, cuyos restos nunca aparecieron y que destaca por la supervivencia milagrosa de uno de sus tripulantes, Juan Roa.

Corral registró un hundimiento de un metro y medio aproximadamente, aumentando así la anchura del Río Valdivia, que ahora cubre zonas que antes eran de tierra firme. El banco Tres Hermanas ya no existe.

En Bahía Mansa, en la región de Los Lagos, la primera ola llegó unos quince minutos después del terremoto y tuvo una altura aproximada de ocho metros. La segunda y tercera ola, de diez y doce metros aproximadamente, azotaron la zona minutos después, llevando consigo casas, árboles y parte del muelle. Todo mientras las personas observaban desde la parte alta del poblado, hasta donde llegaron para protegerse del peligro.

En Aysén, el maremoto se filtró por los canales. A las 17:30 horas se notó la primera variación en la marea, que inundó las casas más cercanas a la costa. La segunda ola llegó a las 19:00 hrs, con una altura de 80 centímetros. La tercera ola tocó tierra pasadas las 23:00 horas, cuando el pueblo ya había sido evacuado.

En todas las zonas descritas anteriormente, no fue el terremoto el que provocó más daño, fue el maremoto el causante de la destrucción, el pánico y la pobreza. El mar entró errante y llevó consigo no solo cosas materiales, se llevó historias, recuerdos y vidas.

### **El viaje: testimonio de Rosa Campos**

El 22 de mayo de 1960, Rosa se encontraba en Río Bueno. En marzo de ese año, sus padres la enviaron con una familia conocida para que estudiara en el Liceo Río Bueno.

El gran terremoto la sorprendió en la matiné. Estaba con una amiga y sus sobrinos. Con el fuerte movimiento, las personas salieron de prisa y muy asustadas del cine. Ahí fue cuando ella cayó. Su siguiente recuerdo es estando en la calle del frente, con las rodillas sangrando.

“Me veo en la calle del frente del cine, con mi amiga y sus sobrinitos aferrados a un palo de luz. Me corría la sangre por las rodillas, no sé si me arrastraron por el cemento, no sé cómo fue en realidad. Lo último que recuerdo es que iba saliendo por el tumulto, todos apretados a la puerta para poder salir y la gente seguramente empezó a empujar, algunos caímos y de alguna manera llegué al otro lado, me pasaron o no sé”, comenta Rosa.

Su familia vivía en Corral y no tenía forma de comunicarse con ellos, contarles que se encontraba bien. Eso la mantuvo muy preocupada.

No supo de la zona sino hasta unos días después, cuando pasó por fuera de una tienda de música. “Había un señor que tenía un comercio de radios, de música y de cosas. El caballero ponía en su negocio un parlante hacia afuera y como era radioaficionado se comunicaba con otras radios del país”, asegura.

“Dijeron que había desaparecido Puerto Saavedra y Corral por completo”, recuerda Rosa, quien a sus 15 años pensó que había quedado huérfana. Estaba deshecha.

Habían transcurrido unos diez días desde ocurrido el terremoto y se enteró que saldría un bus con destino a Valdivia.

“Como a las 9 de la mañana salimos de Río Bueno. Era un viaje que duraba dos horas, pero llegamos como a las 4 a Valdivia. Tuvimos que hacer recorrido por las pampas, abriendo las cercas, atravesando pampas y luego salíamos a la carretera”, recuerda.

El recorrido en bus fue hasta el río Futa. Una vez allí, las y los pasajeros subieron a un lanchón que los llevó por el Futa, hasta el río Tornagaleones y posteriormente en las aguas del río Valdivia. Así llegaron a Valdivia, que estaba destruida, aumentando el temor de Rosa.

“Era ver una ciudad bombardeada, era como si hubieran lanzado bombas desde arriba. La mayoría de casas en el suelo, otras hundidas y las calles abiertas”, comenta.

Caminando por Valdivia se encontró con un hombre conocido, Héctor Yáñez.

- “¡Hija! ¿Qué andas haciendo acá?”, le preguntó el hombre.
- “Vengo de Río Bueno. ¿Sabe algo de mi familia?”, contestó Rosa.
- “Hija, tu familia está toda bien, claro que todos perdieron sus casas, pero están arriba en un cerro donde vive una tía”, replicó el caballero.
- “Sí, donde mi tía Juana”, concluyó Rosa con mucha alegría. Su familia estaba bien, estaban vivos.

La joven continuó caminando y llegó a la aduana de Valdivia. Allí contó su situación y su necesidad de viajar a Corral. No obstante, la respuesta fue negativa. Solo estaban autorizados viajes con ayuda de víveres y todo lo que estaba llegando del extranjero.

Al ver su desesperación, un hombre se apiadó de Rosa.

- “Oiga m' hija, hay un grupo de periodistas que pronto están por llegar y van a viajar a Corral. Van a hacer reportajes y vienen de Santiago. Se van en el remolcador que está por salir. Si hablas con ellos tal vez te llevan”, le comentó.

Rosa esperó paciente, cuando entre la llovizna vio personas que portaban cámaras. “Eran varios periodistas, de varias radios y revistas. Hablé con uno de ellos y me llevaron, poh, me trajeron a Corral. Ellos me trajeron bajo su responsabilidad. Ellos me preguntaban de dónde era, cómo era antes y qué sé yo”, recuerda.

En dicho grupo estaban el periodista y académico de la Universidad de Chile, Luis Hernández Parker y el fotógrafo José Pichanga Muga.

El viaje desde Valdivia a Corral lo realizaron desde el río Calle-Calle y luego por el río Valdivia. Era un trayecto que Rosa había realizado muchas veces, pero en dicha ocasión desconocía lo que estaba viendo.

“Cuando llegamos a la altura de Niebla todavía no oscurecía. Encontraba que la bahía se veía inmensa, no como yo la recordaba antes. Cuando llegamos a Corral no había plaza, no había muelle, no había nada. Estaba todo, todo hecho pedazos y bajo el agua”, comenta.

Una vez en Corral, los periodistas y fotógrafos comenzaron a recorrer la zona. Uno de ellos, cuyo nombre Rosa no recuerda, se ofreció a dejarla en el cerro Tacna, en casa de su tía Juana. Allí se reencontró con su familia.

“Mi familia quedó toda en la calle, estuvimos viviendo donde la tía Juana como un mes. En la noche había que estirar en el piso las colchonetas, dormíamos todos amontonados ahí”, recuerda.

Sus padres fueron testigos de la fuerza del mar. El 22 de mayo, el terremoto los sorprendió justo después de almorzar. Ellos vivían en Corral Bajo, en un conjunto de casas habitadas por los empleados de la Usina Altos Hornos.

Sergio Campos, su padre, le contó que tras el movimiento se reunió con sus vecinos para comentar lo ocurrido. Hasta entonces no había sido más que un susto, pero alguien se dio cuenta que el mar tenía un comportamiento extraño.

- “Miren, la bahía se está hinchando”, dijo alguien.



- “Hay que arrancar porque se viene saliendo el mar. ¡Va a haber maremoto! ¡Arranquen todos!”, replicó otra persona.

En ese momento, las personas comenzaron a subir a las partes más altas de Corral. “Desde arriba se quedaron mirando y vieron como el mar empezó a hincharse. Esa fue la primera salida, después dijo mi papá que eso se retiró y después vinieron dos olas gigantes. Venía de afuera y se revolvían como aguas negras, era terrible. La segunda ola tenía como 10 metros de altura”, asegura Rosa.

Su padre le comentó que la segunda ola no dejó ni los cimientos de las casas y que su madre se desmayó al ver que el mar se llevaba su hogar. En medio del tren de olas, Sergio solo pudo bajar una vez a rescatar al perro de la familia.

Y así, en cosa de minutos, la familia de Rosa se quedó con lo puesto.

Sergio trabajó durante años en la Usina de Altos Hornos, hasta que en 1958 la empresa cerró y fue indemnizado. Con el dinero que recibió puso una frutería y una bodega de vinos. El resto del dinero lo guardó en la casa, porque no confiaba en los bancos. Todo se lo llevó el mar.

Durante los días siguientes, una vez que Rosa llegó a Corral, sus padres trabajaron como voluntarios en la primera compañía de Bomberos de Corral, clasificando y entregando comida, ropa y frazadas a las personas damnificadas.

“Fue la pobreza más grande, ya que siempre habíamos vivido muy bien y pasamos... uff, cerca de cinco años muy malos para nosotros”, concluye Rosa.

### **Los cangrejos: testimonio de Néstor Oyarzún**

Néstor tenía 33 años y se desempeñaba como técnico agrícola, tenía especialidad en ganadería. Trabajaba en el Departamento de Ganadería de Sanidad Animal de Ancud.

En ese entonces, era aficionado a los caballos y siempre iba a las carreras, pero el 22 de mayo de 1960, no acudió. En cambio, fue a visitar a sus padres, que vivían en Almirante Latorre, cerca del hospital de la ciudad.

El gran terremoto lo sorprendió ahí, descansando. Entre risas recuerda que con el sismo se fue a casa. “Yo me acordé que tenía hijos, familia y me vine para arriba donde vivía, en la población Bórquez Solar (en la parte alta de Ancud)”, comenta.

Nos indica que las casas resistieron bien el terremoto, en gran medida, porque estaban construidas de madera, que es un material muy flexible y resistente.

Néstor se aseguró de que todos y todas en su familia estuvieran bien. Tan solo unos minutos después del terremoto, se subió junto a su jefe en la *campagnola* (vehículo 4x4 de origen italiano) para recorrer la ciudad y ayudar a quienes lo necesitaban.

En esas andanzas, fue testigo del maremoto. Las olas llegaron a las costas de Ancud a eso de las 16:00 horas.

“Cuando vino el *tsunami* tuve más susto de cuando pasó el terremoto, todas las personas entraron en pánico en ese momento. Un caballero no quiso abandonar su casa y se lo llevó el mar, después él gritaba que lo salven y ¿quién lo iba a salvar? Al viejito le decían ‘El Zorro’”, recuerda.

En Ancud, las primeras olas golpearon en el Faro Punta Corona. En la ciudad misma, el mar arrasó con el barrio La Arena, ubicado en la costanera. “Todas las casas se las llevó”, destaca.

“Me acuerdo que también desaparecieron todas las chalanas (botes), como era día domingo no estaba trabajando la gente y estaba todo el mundo descansando. No sé si fueron entre 100-150 chalanas que se las llevó el mar”, agrega.

En los días siguientes, las labores se concentraron en la reconstrucción y la búsqueda incansable de las personas desaparecidas: personas que se encontraban en sus casas cuando el mar se las llevó, quienes pensaron en salvar sus botes y quienes no alcanzaron a huir.

Dos semanas después, la búsqueda daría resultados. Al otro lado del Puente Pudeto, en el sector Mutrico, fueron encontrados algunos cuerpos. Desde el hospital levantaron el llamado a voluntarios en las labores de rescate y traslado de las personas fallecidas.

“Habían aparecido cerca de 12 o 15 cadáveres, entre ellos había una mujer embarazada. Me acordaba mucho de esa escena de la muerte, era muy fuerte”, recuerda.

Hasta entonces, la única experiencia de Néstor con cuerpos inertes era con animales: cerdos, caballos y vacas.

“En 15 días estaba todo descompuesto. Dicen que los cangrejos le sacaron los ojos y se empezaron a comer a las personas por el ano. Era muy fuerte el olor, muy fuerte”, destaca.

Son imágenes que no ha borrado de su mente y todavía piensa en aquellas personas que nunca aparecieron. Su última labor como voluntario fue sepultar los cuerpos en el cementerio, ceremonias donde no llegaron familiares.

### **El pescador de Dichato: testimonio de Pedro Ávila**

Dichato es un pueblo costero ubicado en la comuna de Tomé, a 38 kilómetros al norte de Concepción. La zona fue una de las más afectadas durante el terremoto y maremoto del 27 de febrero de 2010. En mayo de 1960, la zona también sintió los embates de la tierra y del mar.

Allí, a metros de la costa, en Avenida Villarrica, vivía Pedro Ávila. En ese entonces, él tenía 25 años y se dedicaba a la pesca artesanal, un oficio que ejercía desde los 8 años y que heredó de su padre, quien le enseñó todo lo que se debe saber sobre el mar.

Pese a su sabiduría, nada lo había preparado para responder a la fuerza del océano, que esa tarde de mayo se hizo sentir en la zona, aunque con menos fuerza que 50 años después.

La casa de Pedro, al igual que todas las del sector, es similar a un palafito, construcciones típicas de la Isla Grande de Chiloé con grandes pilares y que se emplazan sobre el mar. Pese a que el hogar de Pedro no está sobre el agua, está preparado para eso. Es la herencia del terremoto del 27F, cuando el mar se llevó todo.

Detrás de su casa hay un cerro, un imponente trozo de tierra cuya falda inicia en su patio. Dicha colina fue la vía de escape de Pedro y su familia en mayo de 1960, quienes instintivamente decidieron evacuar ante los cambios del mar. Escalaron con sus pies y manos en busca de un lugar seguro.

Se registraron olas de entre cinco y siete metros. Pedro recuerda que el mar destruyó tres casas que el terremoto ya había debilitado y dañó otras tantas que se encontraban a metros de la bahía.

La casa de Pedro fue una de ellas. Recuerda que el agua subió aproximadamente 50 centímetros, mojando el piso y las maderas, que luego se levantaron e hincharon, como cicatrices de aquel despertar de mayo.

Su memoria hoy es frágil y a menudo confunde ambos eventos. A sus 92 años, no recuerda la fecha de su cumpleaños, pero sí al gran amor de su vida, Gloria Hernández, que había fallecido dos años antes allí, en su casa, de forma repentina.

Pedro amablemente accedió a conversar con nosotros y nos invitó a su hogar cuando tocamos su puerta. Necesitaba hablar con alguien, contarnos de su vida y de sus penas.

## **PARTE III: LOS DÍAS SIGUIENTES**

### **Capítulo 4: Reconstrucción y resiliencia**

En un par de horas, pueblos y ciudades enteras se encontraban en el suelo. Desde las más grandes y prestigiosas construcciones hasta las más humildes viviendas se vieron afectadas por los terremotos y el tren de olas posterior.

Las personas con más suerte pudieron salvar algunos enseres o tuvieron la dicha de mantener sus casas en pie. Otras, en tanto, se quedaron con lo puesto. En todos los casos y como consecuencia de las réplicas, dormir bajo techo era casi una imposición, que solo acataron por las bajas temperaturas y la lluvia.

Aun así, muchas personas pasaron las primeras noches a la intemperie. Las familias armaron campamentos improvisados en las calles. Otras subieron a partes altas y construyeron allí sus "rucos", pequeñas construcciones que sirvieron de refugio a las personas más damnificadas. Fue allí también donde se concentró la ayuda.

Con el paso de los días y en la medida que se restablecieron las comunicaciones y se dieron las condiciones para la llegada de ayuda, equipos de emergencias provenientes no sólo de Santiago, sino también de países como Colombia, Argentina y Estados Unidos, comenzaron a llegar a las zonas afectadas.

En Valdivia, el gobierno norteamericano donó un hospital de campaña que se instaló en dependencias de la Escuela Normal. Constaba de un recinto modular compuesto por carpas que funcionaría mientras durara la emergencia, resistiendo las réplicas que continuaron por meses y el crudo invierno, cuyo frío e incesante lluvia no hizo más que agudizar la situación sanitaria en dicha ciudad.

Las ollas comunes aparecieron como una alternativa para garantizar la alimentación de las personas. Estas eran organizadas por grupos voluntarios, bomberos, centros de madres o juntas de vecinos y se sustentaron no sólo gracias a los alimentos que llegaron desde el exterior, sino también gracias a la donación de comerciantes locales.

Se construyó así una cadena de ayuda colectiva que involucró a personas de todas las ideologías, credos y clases sociales.

No sólo había que levantar casas, se repararon caminos, puentes y muelles. Hubo otras estructuras que no se pudo restaurar y que, pese al lamento de algunos y algunas, fueron destruidas por completo, privilegiando así la seguridad de las personas por sobre la historia de sus cimientos.

La reconstrucción no fue una tarea sencilla, demoró meses y, en algunos casos, años.

Para muchas personas, estas zonas nunca se recuperaron.

### **El Hospital Regional de Valdivia: testimonio de Marta Sánchez**

En 1960, Marta tenía 19 años y estudiaba en el Liceo de Niñas de Valdivia. El terremoto la sorprendió junto a su madre en calle Bueras, cerca de la entonces Escuela N°3.

Desde allí pudo observar cómo los militares rápidamente se acuartelaron en el regimiento. También fue testigo de la huida de las y los enfermos que corrían desesperados desde el Hospital Regional de Valdivia, ubicado a solo unas cuadras.

“Iban en bata, casi no podían caminar. Pasaban y pasaban las personas del hospital. Eso fue muy impactante”, recuerda.

Al interior, la desesperación entre enfermos, funcionarios y funcionarias estaba desatada.

El Hospital Base de Valdivia tiene una superficie construida de 43 mil metros cuadrados y fue fundado en 1939. No obstante, en 1960, el complejo asistencial era mucho más pequeño que el actual.

El terremoto dañó gravemente las dependencias del recinto, que sufrió el desmoronamiento de la terraza y los tres pisos superiores. Una gran grieta separó por casi dos metros el ala central del cuerpo medular del Hospital.

Ese día se encontraba de turno el doctor Oscar Peña Núñez, quien ayudó a concretar la evacuación del recinto y estableció una posta de primeros auxilios en el primer piso de urgencias, lugar donde se enfrentaron las primeras 24 horas de la catástrofe y donde llegaron las y los heridos más graves.

Posteriormente, se determinó trasladar a las y los enfermos a la Escuela Normal de Valdivia, ubicada en calle Simpson, a pasos del Hospital. En dicha escuela también se instaló el hospital de campaña donado por el gobierno estadounidense.

“Era un movimiento incansable ahí en calle Bueras, cuando comenzaron a llegar las ambulancias de Estados Unidos. El ir y venir. Casi todas eran manejadas por negros”, recuerda Marta.

En agosto de 1963 este hospital provisorio se transformaría en el Hospital Abraham Lincoln, después renombrado Hospital John Kennedy, que prestó servicios por casi 40 años, tres décadas más que las previstas al momento de su construcción.

En ese hospital modular trabajó Marta, que después de fallidos intentos por encontrar un puesto laboral, se vio cautivada por un aviso en el “Diario Austral”: “Curso de Enfermería patrocinado por UNICEF”. Tras un año de estudios, en 1962 se incorporó al área Materno - Infantil, donde realizó controles pediátricos a niñas y niños junto a enfermeras estadounidenses que llegaron a Chile a apoyar la red de salud.

“Los niños morían mucho en Valdivia. Y después del terremoto, cuando se hicieron los “rucos”, más todavía. Morían deshidratados, por las moscas y por la falta de higiene”, recuerda.

Por esos años, gran parte de su labor se centró en realizar visitas a domicilio, donde compartió con madres primerizas las experiencias de otras mujeres, guiándolas en los cuidados que ellas y sus guaguas necesitaban.

Posteriormente trabajó en la campaña de vacunación contra la Poliomielitis, una enfermedad provocada por el poliovirus, que infecta y destruye las neuronas motoras, causando debilidad muscular y parálisis aguda flácida.

En 1962 llegó a Chile la vacuna Sabin, medicamento que se masificó rápidamente por su fácil aplicación en niñas y niños: se administraba vía oral a través de gotas.

“Le dábamos a los niños dos gotitas en la lengüita. Recorrimos Valdivia y todos sus barrios, también me tocó ir a Panguipulli. Fue lindo ese trabajo, muy hermoso era atender a los niños, enseñarles a las mamás sobre el peso, que fueran a buscar su leche todos los meses y vacunarlos”, recuerda Marta sobre su paso por el hospital que, pese a las complicaciones, contó con un equipo humano que, respondiendo a su compromiso y ética profesional, no cesó sus labores en tiempos donde más se les necesitó.

## **La pampa: testimonio de Griscilda Montes y Pedro Uribe**

Junto al malogrado hospital existía una gran explanada conocida por los lugareños como “la pampa”, donde rápidamente comenzaron a llegar las familias que necesitaban asistencia médica, temían por el estado de sus casas o se alejaron de la ribera de los ríos, ante la subida de estos y el extraño comportamiento de su cauce.

Carretones y carretas de mano avanzaron rumbo a la pampa esquivando las grietas y los escombros que yacían en las principales calles valdivianas. Eran las personas que, con algo de ropa y comida, cargaban a sus hijas e hijos en busca de un lugar seguro.

Allí llegó Griscilda junto a su esposo, Héctor, y sus tres hijos. Ellos vivían a solo tres cuadras del hospital y su casa sufrió daños en el techo y en el comedor, luego que la chimenea cediera por el terremoto.

Griscilda recuerda que en la pampa instalaron carpas y las personas llegaron a pasar la primera noche. “Sacamos colchones y, como seguía temblando, aconsejaban no dormir en las casas, sobre todo si había un daño en la propiedad. Así que dormimos como dos o tres noches en carpa”, comenta.

Entre la angustia y el miedo también surgieron momentos agradables, donde una risa nerviosa brotaba como muestra de resiliencia frente a lo vivido. Reírse de la propia desgracia o de las reacciones al momento del terremoto eran la tónica en medio de la vigilia nocturna.

“Mi marido me dice: después de tanto prohibir que tomara cerveza en aquellos vasos y se quebraron todos”, recuerda. Se trataba de unos vasos celestes, un regalo de matrimonio que Griscilda cuidaba tanto como a sus propios hijos.

- “¿Pa’ qué tomas en esos?, toma en esos de diario”, le decía Griscilda a Héctor cada vez que lo sorprendía usando los vasos.

Los mismos vasos que sucumbieron ante el fuerte movimiento y cuyos restos, junto a fuentes de cristal, loza de ocasiones especiales y frascos de mermelada en conserva, fueron retirados de la casa en un canasto de mimbre.



Carcajadas también soltaron cuando una amiga le contó a Griscilda que el terremoto la sorprendió de tal manera que ni siquiera alcanzó a vestirse. “Mi comadre me contaba que estaba acostada con su marido y salió en paños menores”, cuenta entre risas.

Pero esa alegría era breve y pasajera. El amanecer, el frío y el despertar reafirmaban que todo lo vivido no eran malos sueños, y la angustia volvía. Con la luz del día había que continuar con las labores de limpieza y remoción de escombros. También tenían que comer.

Los bomberos se encargaron de abastecer a las familias con agua. “En la mañana me preguntaban ¿a qué hora llega el agua?”, comenta como una de las tantas bromas para hacer más llevadero el momento.

Griscilda no recuerda con certeza cuánta gente había en la pampa. Pero años después, una apoderada de la Escuela Normal, donde ella se desempeñaba como profesora de Ciencias Sociales, le comentó que habían estado juntas tras el terremoto.

- “Tú me conoces”, le dijo la apoderada.
- “No, no te conozco. No me acuerdo”, responde Griscilda.
- “Dormimos juntas para el terremoto, estábamos en la misma carpa”, le comenta la mujer.

Trató de hacer memoria, pero no pudo recordarla. Entre la preocupación por sus hijos, su casa y el futuro, hay detalles que Griscilda, a sus más de 90 años, no recuerda tras el terremoto.

Allí también llegaron los militares, en vehículos de campaña con ayuda para las familias. Pero el pan no fue lo único que se entregó a las personas, la ayuda internacional trajo consigo productos exóticos para la época: la mantequilla de maní y de cocoa cautivaron los paladares de niñas y niños que jugaban por la pampa, conociendo amigos y transformando, con la inocencia de la niñez, la tragedia en juego.

A escondidas masticaban los chicles y las barras de chocolate que los militares estadounidenses les daban en secreto.

En medio de esa genuina felicidad, sus madres y padres trabajaron contra el tiempo para levantar unos refugios provisionales denominados “rucos”. Estructuras compuestas por dos paneles que constituían un techo y un refugio para el grupo familiar.

Grisilda no alcanzó a estar una semana junto a sus hijos en la pampa. Su esposo la inscribió en el vuelo que salió el 25 de mayo desde Valdivia con destino a Concepción. Allí los recibiría la familia de su esposo, antes de continuar a Los Ángeles.

“El avión en el que nos fuimos no era un avión de línea, era un avión de carga. Era bastante precario”, recuerda Pedro Uribe, hijo de Grisilda y Héctor, sobre el que fue su primer vuelo, cuando tenía seis años.

Entre abrazos y llantos, Grisilda y sus hijos abordaron el avión. Los asientos estaban junto a las paredes de la aeronave y allí, con sus hijos en sus piernas, pudo presenciar la angustia de otra mujer. “En frente había una mujer que lloraba mucho y yo me dije: esta no puede ser mamá, debe ser abuela, porque la hallaba media viejita. Entonces la persona que iba al lado le dijo: cállate, tú quisiste tener hijos tan grande”, recuerda la mujer.

Sobre el viaje, los recuerdos son solo pasajes en su mente. Pedro recuerda que se trataba de un avión militar, no tan grande y que los asientos eran largos y angostos. No recuerdan cuánta gente viajó con ellos y cuánto tiempo demoró el vuelo.

En Concepción estuvieron un par de días y luego se instalaron en Los Ángeles, en casa de los abuelos de Grisilda, quienes la habían criado como a su hija. Allí estuvo durante dos meses.

Mientras tanto, en Valdivia, Héctor se mantuvo trabajando en el almacén familiar. Viviendo de cerca el trabajo de reconstrucción y conociendo las historias de los militares norteamericanos que entre los turnos acudían a él en busca de cigarrillos y cervezas.

En julio, Grisilda y sus hijos volvieron a Valdivia. Ella debía retomar sus labores de maestra, sobre todo en momentos en que las escuelas cumplían la misión de acoger y distribuir ayuda entre las familias más afectadas.

### **Con su hijo en brazos: testimonio de Manuela Castillo**

En mayo de 1960, Manuela tenía 28 años y recientemente se había convertido en madre. Su hijo, Francisco, solo tenía un mes de vida.

Ambos fueron trasladados a “la pampa” por un vehículo que a eso de las seis de la tarde - tres horas después del gran terremoto - recorrió las calles de Valdivia buscando a las madres y sus guaguas.

Su esposo, Juan Francisco González, estaba en el departamento familiar buscando una maleta con ropa y, hasta entonces, no sabía que su familia había sido trasladada hasta ese sector.

Aquel domingo 22 de mayo, Juan Francisco estuvo nervioso toda la mañana, tenía una sensación extraña que lo hizo estar inquieto y preocupado.

Manuela estaba en shock, esa tarde presencié las imágenes más fuertes de su vida. “Veíamos cómo pasaban restos de chimeneas y cemento. Polvo por todos lados y un silencio doloroso, era el fin del mundo”, comenta.

En medio de la pampa, su nueva preocupación era que no tenía forma de comunicarse con su esposo. No había teléfono y ninguna persona conocida que pudiera ayudarlo. Comenzaron así los gritos. “En ese sitio había cualquier cantidad de gente. Los gritos llamándose eran ensordecedores”, recuerda.

Manuela decidió recostarse en el suelo con su hijo en brazos que, por suerte, seguía dormido. Mientras estaban recostados, ella podía sentir en su cuerpo el movimiento de la tierra, que nunca se detuvo.

A eso de las ocho y media de la noche, y tras varias averiguaciones, Juan Francisco logró dar con Manuela, luego de enterarse que un grupo de personas había sido trasladada a ese lugar.

Con ayuda de una linterna, la mujer, su esposo y su hijo se trasladaron hasta la casa de la madre de Manuela, que vivía en calle Eliodoro Yáñez, a cinco minutos del hospital.

Cuando llegaron a destino, la prioridad era el descanso de Manuela. Instalaron una cama en la calle y allí, en medio de la vigilia de vecinos y vecinas que no podían dormir por las réplicas, la mujer yacía con su hijo en brazos, sin poder conciliar el sueño, presa de sus pensamientos.

En los días siguientes, la mayor preocupación de Manuela era su bebé. Con el agua que podían obtener de la vertiente se lavaban los pañales de Francisco y se preparaba la comida para la familia.

Juan Francisco era contador de la Línea Aérea Nacional (LAN) y comenzó a realizar gestiones para que su familia obtuviera un cupo en los vuelos que salían de Valdivia con rumbo a Santiago, en uno de los tantos viajes con ayuda médica y de alimentos.

El día miércoles 25 de mayo a las cinco de la tarde, muchas personas esperaban abordar el *Globemaster*, avión de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, que despegaría con destino a la capital.

Entre el desorden y la desesperación, un fuerte y claro grito silenció todo:

- “Momento, nadie se mueve de aquí sin orden nuestra”, declaró uno de los tripulantes del vuelo.
- “Las señoras de edad y las con guagua, pasen”, añadió.
- “Caballero, por favor, no puedo viajar sola con las maletas y la guagua. Estoy recién operada de las cesáreas”, contestó Manuela.
- “Ah, vaya con su marido entonces”, respondió el tripulante, accediendo a su petición.

Cerca de las ocho de la noche, el *Globemaster* despegó rumbo a Santiago. “No había ninguna comodidad porque era un avión de guerra, pero ya estábamos ahí e íbamos a poder salir”, recuerda Manuela.

Al llegar a Santiago fueron atendidos por la Cruz Roja, quienes ayudaron a mudar a Francisco e incluso le dieron la leche.

Se quedaron unos días en Santiago y luego se trasladaron a San Javier, en la región del Maule, en casa de unos familiares. Allí estuvieron más de dos meses y a fines de agosto de 1960 retornaron a Valdivia.

### **La catedral de Ancud: testimonio de José Cárdenas Soto**

José tenía 18 años y vivía junto a sus padres y su hermano en San Carlos con Aníbal Pinto, en Ancud, en la Isla de Chiloé.

Pasaron el gran terremoto en el frontis de su casa, en momentos que se encontraban arreglando el jardín. Si bien su casa no sufrió grandes daños, las réplicas y advertencias de carabineros hicieron que sus padres decidieran que la mejor opción era no permanecer ahí.

Así, la tarde del 22 de mayo la familia llegó a la iglesia San Francisco, la misma que fue quemada y completamente destruida el 22 de enero de 2020.

Dicha iglesia estaba ubicada a tres cuadras de su casa. Allí se encontraron con otras familias, con vecinos y vecinas que buscaban refugio y compañía en medio de tanta incertidumbre.

“Hicimos fogatas, pasamos dos noches en la iglesia San Francisco, haciendo carpas, bien abrigaditos. Fue algo complicado porque todos teníamos miedo, en la noche no dejó de temblar”, recuerda José.

Mientras los adultos conversaban, se contenían y se organizaban para los días futuros, los más jóvenes no perdían oportunidad para salir a recorrer las calles y contemplar las consecuencias del terremoto.

“Fuimos hasta el muelle. Ya no había nada, ya nada en la costanera. En aquellos años se llamaba Serrano. Desde el muelle hasta un cerro se fue todo, todo hacia el mar. Lo llevó todo, por lado y lado. Había muchas casas caídas y fue todo rápido, porque nos arrancamos”, rememora entre risas, recordando lo que para él había sido una travesura.

Otro recuerdo que rápidamente brotó durante la conversación fue la imagen de un cuerpo entre los escombros del Café Ortloff. El local comercial - que aún existe - era una panadería y restaurante ubicado en calle Pudeto. “Para quien les habla fue impresionante, muy impresionante, nunca lo voy a olvidar. Entre medio del cemento y ladrillo había una mujer, se le veía de la cabeza hacia abajo, hasta la mitad más o menos”, indica José.

Según su relato, la mujer era trabajadora del café y su cuerpo permaneció por varios días en el lugar, semi expuesta a las miradas curiosas de los más aventurados.

Transcurridos los primeros días, las historias de las y los más infortunados comenzaron a circular de boca en boca. En ellas se contaba cómo estas personas perdieron la vida en la bahía. “La primera ola subió lento igual, la segunda ya fue un poco más, mientras que la tercera fue mucho más violenta. La bahía quedó seca, con tablas secas la bahía de Ancud y ahí vino la ola grande que se llevó todo el resto”, recuerda.

José agrega que “comentan que en los techos iban personas. Y también en aquella oportunidad había una lancha que se llamaba Gloria, ese caballero también vino a buscar gente. Vino al muelle y llevó mucha gente. Los llevó pensando que en el mar los podría salvar, pero no fue así”.

De todas las experiencias - las que pudo observar y las que recogió de otros testimonios - lo que más impactó a José fue la demolición de la Catedral Virgen del Carmen de Ancud. Producto del terremoto, la torre del templo religioso quedó inclinada y sus paredes exhibían grandes grietas, generando opiniones divididas entre las personas: quienes apostaban por su reparación y quienes consideraban que la estructura debía ser demolida.

“Yo entré después de 15 días, sin avisar a mis padres - cuenta entre risas - pues era peligroso. En las partes que recorrí había grietas, pero no unas grietas grandes, quizá de un metro más o menos. Y la torre estaba inclinada. Les costó mucho mucho echarla abajo. Era algo muy precioso, espectacular la catedral. Hice ahí mi primera comunión, mi bautismo”, relata José.

Finalmente, la catedral fue dinamitada el 21 de septiembre de 1961.

José recuerda que en los días siguientes no hubo comunicación con el resto del país, pero las y los ancuditanos pudieron contactar a sus familias gracias a un radioaficionado que se instaló en la plaza a transmitir.

## Capítulo 5: El Riñihuazo

La magnitud del terremoto y la destrucción ocasionada por el maremoto hacían imposible pensar que más desgracias pudieran ocurrir, menos que las personas serían capaces de soportarlo. No obstante, a unos 65 kilómetros al este de Valdivia, una potencial tragedia se estaba fraguando.

En el río San Pedro, cerca de la desembocadura del lago Riñihue, el terremoto provocó tres grandes deslizamientos de tierra que bloquearon el río y con ello, el cauce natural.

El bloqueo más cercano al lago medía 400 metros de largo, 300 metros de ancho y 26 metros de altura. Unos 3,1 millones de metros cúbicos de material entre rocas, tierra y árboles.

El segundo taco medía 700 metros de largo, 600 metros de ancho y 32 metros de altura, es decir, aproximadamente de 13,4 millones de metros cúbicos de material

Finalmente, el tercer y más grande deslizamiento medía dos kilómetros de largo, 1 kilómetro de ancho y 43 metros de espesor. Unos 86 millones de metros cúbicos de material.

Estos tacos, que impedían la salida de agua, ocasionaron el aumento del nivel del lago Riñihue y con ello, la inundación de las zonas aledañas. Un episodio similar ocurrió en el terremoto de 1575, que culminó con la inundación y destrucción masiva de los poblados cercanos al río San Pedro, luego que el atascamiento cediera ante la fuerza del agua.

Surgió entonces la imperiosa necesidad de evitar la destrucción definitiva de zonas como Los Lagos, Valdivia y Corral. Para la magna tarea, se movilizó a un gran número de personas, entre ellas, integrantes de batallones del Ejército de Chile, Carabineros, Bomberos, trabajadores de la Empresa Nacional de Electricidad (Endesa), de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), del Ministerio de Obras Públicas (MOP), grupos de estudiantes, vecinos y voluntarios, cuya tarea era controlar el vaciado del lago.

Desde luego se trasladó maquinaria pesada, que facilitaría el traslado de material y el destape de los tacos. No obstante, las condiciones climáticas y el barro provocaron el empantanamiento de las máquinas, que finalmente fueron descartadas como estrategia de trabajo.

La labor sería entonces a punta de pala. En una cadena humana, los trabajadores se pasaron de pala en pala los restos de árboles, tierra y rocas.

El 24 de julio de 1960, dos meses después del gran terremoto, se realizó una voladura en el tapón principal. De esta forma, el Lago Riñihue comenzó a vaciarse lentamente y de acuerdo a los pronósticos realizados por los ingenieros, liderados por Raúl Sáez.

La salida de agua provocó una inundación, pero no significó un peligro para las personas, que antes habían sido evacuadas y alertadas sobre los trabajos.

A esta serie de eventos vinculados al bloqueo del Lago Riñihue se le conoce popularmente como “El Riñihuazo”, por el esfuerzo y trabajo que implicó, movilizando a voluntarios del sector público y privado de todas partes del país.

### **El aviso: testimonio de Ernesto Vergara**

En 1960, Ernesto tenía 32 años y trabajaba en la construcción de la Central Hidroeléctrica Pullinque de Endesa, ubicada a 12 km de Panguipulli y que utiliza el caudal del río Huanehue de la cuenca del río Valdivia como fuente de energía.

En dicha empresa aprendió sobre análisis de materiales de los ríos, laboratorio de hormigón y mecánica de suelos. Lo que le permitió recorrer varias zonas del país, entre Arica y Osorno.

El gran terremoto del 22 de mayo lo sorprendió en el baño de la casa de unos amigos. Mientras se lavaba las manos, notó que el espejo tiritaba y luego el movimiento se hizo sentir con más fuerza. Como pudo salió de la casa y afuera el panorama era impresionante.

Ernesto recuerda que “se succionaban las grietas. Todas eran muy cortas, no más allá de 30 centímetros. Se juntaban muy rápido, naturalmente que si a alguien le caía un pie o un brazo quedaba triturado. Al completarse más o menos los diez minutos, vino un silencio que era aterrador”.

“¡Ah!, también me fijé que mientras esto sucedía, el cerro se empezó a desgarrar en varias partes: corría toda la vegetación, árboles, en fin”, agrega.

Tras el sismo, Ernesto fue a la central a verificar los daños. Ahí ayudó al operador a conectar un generador. El ingeniero y el jefe se comunicaron con Santiago para informar sobre el sismo y esperar instrucciones.



Inmediatamente después, los trabajadores de Endesa se pusieron a disposición de las autoridades de Panguipulli y el Ministerio del Interior. La primera tarea encomendada fue elaborar una lista de las viviendas afectadas, divididas en habitables y no habitables.

“Nunca en mi vida había visto tantas velas encendidas, a tanto santo”, recuerda.

Mientras realizaba esa labor, se rumoreaba que en el desagüe del lago Riñihue se habían producido tres tacos de tierra, rocas y árboles, producto de derrumbes por el sismo.

“Y empezó el problema, digamos, en un principio con la gente, puesto que se temía que con los movimientos sísmicos esos tres tacos cedieran y se fuera el golpe de agua, lo que habría provocado la destrucción parcial de Valdivia”, nos cuenta.

Una vez que los expertos determinaron la magnitud de los tacos, las acciones a realizar y las posibles consecuencias en la población, se recomendó a las personas que vivían en zonas cercanas a los ríos San Pedro y Calle-Calle evacuar la zona por eventuales inundaciones, en caso de que el lago rebasara los tapones.

A Ernesto se le encomendó transmitir esta información a las personas que vivían en la ribera del Río Calle-Calle, entre Antihue y la Cuesta Soto (alrededor de 31 kilómetros). Una tarea para nada sencilla dado el estado de los caminos y la incredulidad de las personas.

- “Yo llevo viviendo 50 años aquí y nunca ha pasado eso”, le decía la gente.

Esta labor se extendió por varias semanas, mientras obreros, profesionales y voluntarios trabajaban en el destape de los tacos.

“Con la lluvia, la tierra se humedeció y al humedecerse se generó resistencia, se apelmaza. El tipo sacaba una palada de lodo, que se la pasaba a otra pala y ese a otro y a otro, hasta que llegaba la palada arriba. Fue muy lento mover la roca y los troncos, por eso no se pudo hacer antes. Endesa, con tanta maquinaria se quedó nulo”, recuerda Ernesto sobre el trabajo realizado en el desagüe.

Mientras tanto, fue testigo de la construcción de rucos en sectores más altos y el traslado de enseres. “Era muy triste ver las subidas en zigzag, como una gran peregrinación, con cosas, bultos y qué sé yo. En ese tiempo se usaba mucho la carretita de mano”, señala.

También recuerda el nerviosismo de la gente que, transcurridos dos meses, comenzó a desesperarse y quería retomar sus actividades cotidianas. La espera terminó el 24 de julio. Pese a las advertencias, la inundación provocó pérdidas materiales y la muerte de animales.

“Comenzó el desagüe y tipo 18:00 horas empezó a oscurecer, y hubo gente que no salió a tiempo porque estaban preocupados por los novillos y otras cosas que querían salvar. Recuerdo de un novillo que se quedó ahí, no se pudo sacar y se ahogó. Tuvimos que separar a los porfiados”, comenta.

Tras el destape del lago Riñihue, Ernesto permaneció en la zona por algunas semanas, realizando análisis de materiales en la central. Posteriormente volvió a Santiago.

### **La inundación: testimonio de Gisela López**

En la comuna de Los Lagos, a 50 km de Valdivia, el colapso del lago Riñihue era una amenaza constante. El río San Pedro, que alimenta al Calle-Calle, atraviesa la localidad, por ende, fue una de las zonas que debió evacuar las riberas del río ante la inminente inundación.

Gisela tenía tan solo tres años, pero recuerda que en su casa reinaba la incomodidad, la inseguridad y el susto cada vez que anunciaban la crecida del río.

“Ese fue el principal drama. A veces estábamos comiendo, por ejemplo, y pasaban los bomberos diciendo que había que prepararse porque se iba a venir el agua abajo y qué sé yo, que había que irse”, comenta.

Su familia tenía un fundo que se ubicaba a una cuadra de la plaza de Los Lagos. Su casa se ubicaba en la parte más baja del terreno y permanecer ahí significaba un riesgo. Por este motivo, se trasladaron a la casa de los trabajadores del fundo, quienes se fueron a casa de familiares.

Dicha casa era una construcción de dos pisos que se encontraba en altura. “Una casa muy pequeña, que tenía el comedor, la cocina y arriba los dormitorios. Pero nosotros dormíamos debajo de la mesa del comedor, en los colchones”, recuerda Gisela.

Mientras continuaban los trabajos en el desagüe del Lago Riñihue, la lluvia no daba tregua, aumentando la ansiedad en las personas. “Mi mamá se ponía muy nerviosa, qué sé yo. Mi mamá era asmática crónica, entonces toda esa situación le daba más asma”, comenta.

Cuando se produjo el destape de los tacos en el desagüe, vino la inundación. Gisela recuerda que el agua subió un par de metros y que, en su casa, que no estaba habitada, se inundó el primer piso.

La crecida del río no sólo trajo consigo agua, también piedras, ramas y mucho barro, que se impregnó en los lugares más recónditos. “Estaba tan inundado y después quedó tanto ese fango. Estaban todas las calles con barro”, destaca.

Una vez que el río retomó su cauce y altura normal, su familia pudo volver a la casa. En primera instancia no pudieron habitarla, primero debían remover el lodo y reparar las consecuencias de la inundación.

“Mi casa tenía subterráneo y después estuvieron invierno y verano, cuando comenzamos a llegar en noviembre. Todo el verano y después todo el otro año abajo le ponían brasero, para poder secar”, recuerda.

La humedad se convertiría entonces en una nueva amenaza. Las enfermedades respiratorias y las consecuencias del frío afectarían a la comunidad durante un largo tiempo. “La gente se quejaba de que a los niños le salían sabañones por la humedad y todas esas cosas”, agrega Gisela.

Durante meses, los bomberos, carabineros y voluntarios se encargaron de limpiar todas las casas del pueblo. Amigos y vecinos se reunían para sacar hasta la última pala de barro de las viviendas.

Gisela recuerda, sin embargo, que muchas casas fueron destruidas por el agua y que Los Lagos nunca volvió a ser igual. “Las casas de mi abuelo, que era tan próspero y todo, se las llevó el río. En Los Lagos todavía se nota que no hay desarrollo. La inundación fue lo peor del terremoto para mí, porque eso frenó el desarrollo, se llevó todo”, sentenció.

## PARTE IV: SEIS DÉCADAS DESPUÉS

Las diecinueve historias antes descritas corresponden a veintidós personas que vivieron los eventos de mayo de 1960, entre las regiones del Bío Bío y Los Lagos.

Todas fueron transmitidas por sus propios y propias protagonistas a través de entrevistas en terreno, de manera telefónica y por videollamada.

Han pasado 62 años y esas niñas, niños y adolescentes crecieron, tomaron distintos rumbos y hoy son adultas y adultos mayores. Desde entonces, en Chile se han registrado cinco terremotos de magnitud igual o superior a 8.0.

Esta generación también fue testigo de otros hechos históricos del país, como la dictadura de Augusto Pinochet; la erupción del volcán Hudson; la primera mujer presidenta, Michelle Bachelet; las dos Copa América; y la Convención Constitucional.

Este es su presente:

**Flor Palma** tiene 82 años y atiende su negocio “Doña Flor”, en Concepción.

Su matrimonio con Samuel Márquez duró 42 años, pero el amor se fue mucho antes. Tuvieron cuatro hijos y una hija, a quienes les transmitieron su caótica unión.

Actualmente se reúnen a almorzar cada domingo, a recordar con risas la historia del sismo, de la iglesia y la premonitoria anécdota de la torta.

**Teresita Luengo** tiene 76 años, actualmente vive en Hualpén y es dueña de casa. Tiene cuatro hijos.

Después de los terremotos de 1960 desarrolló un intenso miedo a los movimientos sísmicos y al mar. Asegura que tras el terremoto del 27F, estuvo un mes sin poder salir de casa.

Su abuelo, Jesús Luengo, falleció en 1963 a los 79 años.

**Luis Garrido** tiene 67 años y trabaja en Seguridad Pública en la comuna de San Pedro de la Paz. Tiene cuatro hijos.

Su hermano, Claudio Benavente, falleció en 1965 con tan solo 24 años.

**Horacio Zaldívar y Adela Guerrero** tienen 76 y 70 años, respectivamente. En 1969 se conocieron en la Caja de Compensación Los Andes, donde Adela trabajaba. Tras cinco años de noviazgo, en marzo de 1974 contrajeron matrimonio.

Viven en Valdivia. Tienen tres hijos y dos nietos.

Adela es dueña de casa y Horacio atiende un negocio.

**Juan Bautista Alarcón**, más conocido como Mickey Alarcón, tiene 72 años.

Se desempeña como cantante y actor. Entre los años 1978 y 1982 formó parte del grupo chileno “Los Ángeles Negros” y ha tenido participaciones como extra de comerciales y teleseries, entre ellas, “Perdona Nuestros Pecados”, elenco donde hizo conocer este testimonio.

**Eugenia Leal** tiene 70 años y actualmente vive en el sector El Arenal, en Valdivia.

Es asistente social, aunque actualmente se encuentra jubilada.

**Rodolfo Amthauer** tiene 71 años y vive en Valdivia.

Diez años después del terremoto, Rodolfo ingresó a estudiar Bioquímica en la Universidad de Concepción. Posteriormente realizó un Doctorado en Ciencias, con mención en Biología Celular y Molecular en la Universidad Austral de Chile, misma casa de estudios donde se desempeñó como profesor titular del Instituto de Bioquímica y Microbiología.

Hoy se encuentra jubilado.

**Juvenal Guital y Valeria Prieto**, tienen 80 y 77 años, respectivamente.

La pareja se casó dos años después, el 19 de mayo de 1962.

Tienen cuatro hijos y viven en Villarrica, pero tienen planes de mudarse a Santiago.

**Luis Arroyo** tiene 82 años y vive en Chamiza con su esposa, con quien lleva 54 años de matrimonio.

Tiene un hijo y una hija.

**Carmen Paillante** tiene 79 años. Cinco años después del terremoto dejó la Isla Butachauques y se trasladó a trabajar a Puerto Montt.

Tiene dos hijas. En 2019 viajó a Santiago a cuidar a su nieto. Tras la crisis social de octubre de ese año y la pandemia de COVID-19, decidió quedarse en la Región Metropolitana. Actualmente vive en Quinta Normal.

**Rosa Campos** tiene 77 años y vive en Corral. Después del terremoto no pudo continuar con sus estudios.

Se casó en 1965 y se dedicó al comercio: minimarket, hospedajes y pensionistas. Actualmente está jubilada.

Su padre, Sergio Campos, fue corresponsal del periódico El Correo de Valdivia por más de 25 años.

**Néstor Oyarzún**, más conocido como Tino, tiene 85 años y vive en Ancud.

Lleva más de 40 años desempeñándose como taxista.

**Pedro Ávila**, más conocido en Dichato como el “Peyo Curioso”, falleció el 29 de diciembre de 2021. Sus restos descansan en el cementerio de Dichato.

Su alma se fue al encuentro con su esposa, Gloria Hernández, a quien extrañaba todos los días.

**Marta Sánchez** tiene 81 años.

Se casó con su gran amor, José Gajardo y enviudó en 1988. Tras doce años de trabajo en el hospital, renunció y se dedicó a cuidar de sus cuatro hijos.

Hoy se encuentra viviendo junto a su hija, Lorena Gajardo, en Punta Arenas.

**Graciela Montes y Pedro Uribe** tienen 94 y 68 años, respectivamente. Viven en la Villa Calle-Calle de Valdivia.

Gisela se desempeñó como profesora de enseñanza básica. Actualmente es dueña de casa.

Pedro es corredor de propiedades.

**Manuela Castillo** tiene 89 años. Fue profesora de Educación Física e hizo clases en el Instituto Comercial de Valdivia.

Al volver a su ciudad natal, continuó viviendo en el mismo departamento hasta 1965, en el sexto piso del edificio donde hoy se ubica el Café Palace, su lugar favorito para compartir y donde asiste regularmente junto a su hermana, Mirta Castillo.

**José Cárdenas** tiene 80 años y vive en Ancud. Su casa, la misma donde vivió el terremoto junto a su familia, fue demolida en 2015. El inmueble tenía más de 100 años. Construyeron una nueva casa en el mismo sitio y allí vive actualmente.

Fue camionero y en el año 1974 se cambió al rubro de los taxis, hasta que jubiló.

Se casó dos veces. Tiene dos hijas y dos hijos.

**Ernesto Vergara** tiene 94 años y se encuentra bien de salud. No obstante, por su edad, sufre de déficit auditivo.

Después de trabajar en Endesa, prestó asesorías a otras empresas.

Hoy se encuentra jubilado y desde 2021, producto de la pandemia de COVID-19, vive con su hija Paula en Talca.

**Gisela López Carvallo** tiene 65 años, vive en Isla Teja, Valdivia, y es dueña de casa.

Anteriormente se desempeñó como profesora de Educación Básica.



## ENTREVISTAS

AMTHAUER, RODOLFO. (02 mayo 2020). Testimonio enviado por correo.

ALARCÓN, JUAN B. (25 mayo 2019). Testimonio enviado por correo.

ARROYO, LUIS. (5 julio 2022). Entrevista telefónica.

ÁVILA, PEDRO. (Dichato, 19 junio 2019). Entrevista presencial.

CAMPOS, ROSA. (Corral, 11 julio 2019). Entrevista presencial.

CÁRDENAS, JOSÉ. (13 abril 2020). Entrevista telefónica.

CASTILLO, MANUELA. (Valdivia, 10 julio 2019). Entrevista presencial.

GARRIDO, LUIS. (San Pedro de la Paz, 19 junio 2019). Entrevista presencial.

GUERRERO, ADELA. (Valdivia, 11 julio 2019). Entrevista presencial.

GUITAL, JUVENAL. (22 junio 2021). Entrevista telefónica.

LEAL, EUGENIA. (Valdivia, 09 julio 2019). Entrevista presencial.

LÓPEZ, GISSELA. (Valdivia, 10 julio 2019). Entrevista presencial.

LUENGO, TERESITA. (Hualpén, 17 junio 2019). Entrevista presencial.

MONTES, GRISCILDA. (Valdivia, 10 julio 2019). Entrevista presencial.

OYARZÚN, NÉSTOR. (07 julio 2022). Entrevista telefónica.

PAILLANTE, CARMEN. (06 julio 2022). Entrevista telefónica.

PALMA, FLOR. (Concepción, 16 junio 2019). Entrevista presencial.

PRIETO, VALERIA. (22 junio 2021). Entrevista telefónica.

SALDÍVAR, HORACIO. (Valdivia, 10 julio 2019). Entrevista presencial.

SÁNCHEZ, MARTA. (15 marzo 2021). Entrevista telefónica.

URIBE, PEDRO. (Valdivia, 10 julio 2019). Entrevista presencial.

VERGARA, ERNESTO. (15 marzo 2021). Entrevista telefónica.

## BIBLIOGRAFÍA

AVENDAÑO, JULIO C. (2013). Historia de Valdivia - Chile: Hospital Regional de Valdivia.

BENEDETTI, STEVEN. (2011). El terremoto más grande de la Historia.

BIBLIOTECA MINISTERIO DE SALUD “DR. BOGOSLAV JURICIC TURINA”. (2011). Historia del Hospital Regional Base de Valdivia.

CENTRO SISMOLÓGICO NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. (2019). Efemérides sísmicas: el gran terremoto de Valdivia de 1960.

GUZMÁN-MARÍN, PEDRO; LIRA, MARÍA P.; TASSARA, ANDRÉS; URRUTIA, ROBERTO. (2015). El Terremoto de 1960 (Mw 9.5) y sus secuelas en la Cuenca del Lago Maihue. Riesgos y peligros geológicos asociados al Sistema de Fallas Liquiñe-Ofqui.

HERNÁNDEZ O., JULIO. (2011). 1960: Memorias de un desastre.

RODRÍGUEZ L., DIGNA. (2010). Acuarela en el Río II: La Ciudad Sumergida. 6° edición.

SANTIESTEBAN S., PABLO. (2005). El Hospital Regional quedó inhabitable. *El Austral de Los Ríos*.

SERVICIO HIDROGRÁFICO Y OCEANOGRÁFICO DE LA ARMADA DE CHILE. (2000). El maremoto del 22 de mayo de 1960 en las costas de Chile. 2° edición.

SCHULTZ H., EBERHARD. (2001). Dr. Oscar Peña Núñez. *Cuadernos de Cirugía*. Vol. 15 N° 1, pp. 7-8